

Pero son las nueve y media... No hay tiempo que perder. Las demás cosas que he visto en *Turin*, así como las que no he visto, serán asunto de otra conversación, si por acaso vuelvo á esta ciudad, lo cual puede suceder...

Ahora pensemos solamente en que esta noche dormiremos en *Pa-  
via* y mañana á la noche en *Milan*; y en que hoy es plenilunio, y yo necesito estar en *Venecia* antes del cuarto menguante.

Adios, pues, al Piamonte... Adios... ó ¡*á rivederci!*—En medio de todo, fuerza es confesar que este es un gran pueblo.—Su civilización; sus buenas costumbres; el severo carácter, acendrado patriotismo, probada continencia y noble compostura de la clase media; la sensatez y laboriosidad de las clases pobres; la ilustración de la aristocracia; el orden administrativo; las virtudes cívicas y privadas de que dan sus hombres públicos tantos ejemplos; la paz y la libertad que reinan en todas partes, á pesar de las graves circunstancias por que atraviesa el país; la red de ferro-carriles, carreteras y canales de riego y navegación que envuelve todo el territorio; el esmerado cultivo de los campos; la seguridad con que se camina por las más solitarias comarcas, y la prodigiosa rareza de los crímenes, se atraen la simpatía del viajero, haciéndole olvidar lo que haya de violento, de temerario, de desleal y de odioso en los medios de que, al decir de muchos, se ha valido del gobierno piamontés para hacer extensivas á toda Italia la libertad, la prosperidad y la independencia que aquí se disfrutan...

¡Las diez menos cuarto!...—Cojo mi saco de noche; dejo el hotel; entro en una *vettura*; grito al cochero: «¡*Strada-ferrata di Alessandria!*...!» llego á la Estación del camino de hierro cuando el tren principia á moverse; lo asalto al paso con mil apuros..., y pocos momentos después estoy ya tan lejos de *Turin*, que apenas diviso, por encima de los frondosos árboles de *Moncalieri*, la enhiesta cima y el mortuorio templo de la *Superga*, paladion de la moribunda autonomía del Piamonte.



## LIBRO CUARTO.

### LA LOMBARDÍA.

#### I.

EL AUTOR TIENE UNA ESPLICACION CON LOS LECTORES.—MARENGO.—CASTEGGIO.—UNA TARDE EN PAVÍA.—RECUERDOS DE LA PATRIA.—«EL ALBERGO DELLA CROCE BIANCA.»—LUGAR DE LA BATALLA DE PAVÍA.—LA CARTUJA.—LOS MONJES.—LA CELDA DE FRANCISCO I.—DIVISO A MILAN.

Pues señor, héme aquí solo en mi solo cabo, empaquetado en un coche del tren que me sacó de Turin, rodeado de extranjeros que no he visto ni volveré á ver en toda mi vida, y reducido á hablar conmigo mismo, ó sea con mi Libro de memorias, único camarada que sabe aquí quién soy yo, de dónde vengo, á dónde voy, y á quién habria que enviarle mi saco-de-noche, si por acaso me muriera ó este ferro-carril hiciera de las suyas...

¡Oh! ¡cuánto envidia á los hombres que sienten y callan, ó, por decir mejor, que pueden callarse lo que sienten!—Yo he pecado siempre por el extremo opuesto, de trasmitir al primer recién-venido mis alegrías, mis pesares y mis entusiasmos;—debilidad que me ha acarreado muchos sinsabores y bastantes compromisos; pues no todos los hombres administran honradamente las confianzas de sus prójimos.—Desde que adquirí tan amargo convencimiento, dejé de dar á nadie parte de mis dolores, y los encerré con siete llaves en mi corazón, á riesgo de morir de una aneurismà; pero en cambio me siento cada vez más inclinado á comunicar á los demás todos mis contentos y felicidades.

¡Singular filantropía!... Cuando me encuentro solo, delante de alguna cosa bella, de algun hermoso espectáculo, de algun prodigio natural ó creado por el arte, lo primero que se me ocurre es lamentar que no se halle en torno mio toda la humanidad, participando de mi admiración; y, si estoy acompañado, necesito, para que mi goce sea completo, que los demás se conmuevan tanto como yo, que lo demuestren, que lo procla-

men, que me prueben que no soy yo solo el afortunado, el entusiasta, el sensible.

De aquí mi indeclinable necesidad de referir todo lo que veo y me sorprende; de aquí mi determinacion de ir escribiendo este viaje; de aquí la publicidad que le daré mañana; de aquí mi resistencia á dejar el oficio de escritor por otro más regalado y lucrativo...—¡Oh! si yo no escribiera cuando viajo solo; si no hablara con el papel cuando me entusiasmo; si hubiera de devorar siempre mi admiracion, mis inspiraciones y mis dichas, como devoro mis inquietudes y mis penas, estoy seguro de que me ahogaria.

Y de aquí, en fin, que, cuando escribo, no me propongo nunca, como principal objeto, que mi libro guste á los lectores, sino que les gusten aquellas cosas que me gustaron á mí y cuya descripcion les hago.—Quiero que viajen, no que me lean: que miren, no que me oigan. No les presento una pintura, sino un espejo: no les ofrezco una copia de los objetos, sino un lente para que los vean por sus propios ojos.—Asi es que, si yo fuera *cuatrillonario*, en vez de dar este libro al público, costearia á todos mis lectores un viaje por Italia, y vendria confundido entre ellos, á fin de participar de sus emociones!

Mas, no estando en ese caso, ni mucho menos, admitid, lectores míos, los mal trazados renglones que iré escribiendo, con lápiz y sobre la rodilla, en mi *libro de memorias*, siempre que lo permita el movimiento del vehículo en que camine, ó siempre que haga un alto en mi viaje; pues á vosotros van dirigidos, y muy particularmente á las personas caras á mi alma de que me acuerdo en cada lugar y á cada hora durante mi solitaria peregrinacion.

Por ejemplo: este viaje de *Turin á Milan* te lo referiré á tí, padre mio, que me hablaste el primero de los lugares que voy á recorrer; á tí, que me esplicabas, cuando yo era niño, la Batalla de Pavia, cuyo teatro saludaré esta tarde; á tí, que darias un año de tu preciosa vida por poder decir, como yo diré dentro de algunas horas: «*he visitado LA CARTUJA que retembló con el estrépito de aquel combate, y pasado por el mismo lugar en que entregó su espada el rey Francisco I.*»

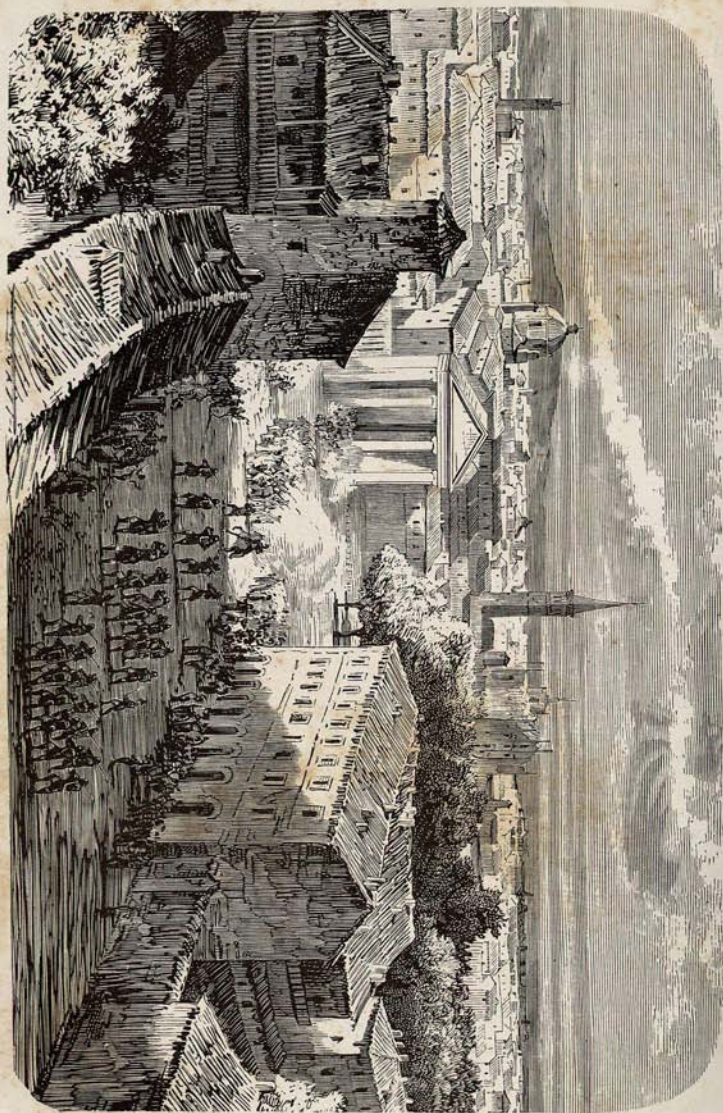
Lo que es hasta ahora, poco tengo que contarte.—El ferro-carril que voy recorriendo es, segun la fama, uno de los mejores que se han construido en Europa; pero sus grandes obras se hallan acumuladas cerca de *Génova*, en el paso de los Apeninos; de modo que yo no las veré hasta dentro de algunas semanas.—Hoy dejaré esta línea en *Alejandro*, y tomaré otra que me conducirá á *Casteggio*, por donde pasará al Milanésado.

Lo único notable que me ha salido al encuentro en la hora escasa que llevo de camino desde que abandoné á Turin, ha sido algun que otro puente de los muchos atrevidos y vistosos que diz se hallan á cada paso en esta línea.

Ahora estamos parados en *Asti*, viejísima ciudad, rodeada de intermi-



MILAN.



nables viñedos, que producen el delicioso vino de que ya he hablado en varias ocasiones.

*Asti* se halla situada en la confluencia del Tanaro y del Bobore.—El Tanaro es muy conocido en nuestra historia por haberse dado á sus orillas una gran batalla en que los españoles y los franceses, mandados por el infante don Felipe, derrotaron á los piemonteses y á los austriacos... allá por los años de 1745.—¡Singulares alianzas! . . . . .

Pero el tren vuelve á marchar...—Olvidemos á *Asti*, para pensar en lo que nos salga al paso.

El país que recorremos es monótono, aunque muy rico...

El sol empieza á nublarse...

Y no ocurre más por ahora.

Poco despues divisamos los muros y las torres de *Alejadria*; y apenas he tenido tiempo de recordar que esta célebre Plaza Fuerte ha sido la base de operaciones de muchos ejércitos beligerantes, y, sin ir más lejos, de los mandados por Napoleon III y Victor Manuel el año pasado, cuando el tren llega rugiendo á las puertas de la ciudad y penetra en una estacion vastísima, llave y centro de cuatro ferro-carriles de primer orden...

*Alessandria della Paglia* (Alejandría de la Paja) se llama así, porque en su origen, cuando el papa Alejandro III la hizo construir aceleradamente, como posicion estratégica que tuviera á raya á sus adversarios *los gibelinos*, era toda ella de tierra y paja...—Yo no sé cómo será hoy, pues la estacion (de la cual no puedo retirarme) se halla en las afueras; pero su perspectiva me hace comprender que desde los tiempos del gran pontífice *guelfo* hasta nuestros dias, la ciudad ha adelantado mucho...—Sin embargo, la *Guia* dice que Alejandría *no encierra nada de particular*...

¡Me alegro mucho!—Así podré almorzar tranquilamente en el *buffet* de la Estacion, aprovechando la media hora de parada que se hace aquí para mudar de tren...

¡Sólo siento no ver las famosas esclusas del Tanaro, que sirven para inundar esta comarca, derramando el rio en torno de la ciudad, siempre que la amenazan y cercan ejércitos enemigos!...—Pero ya volveremos por aquí..., y, si no, paciencia! Estos son los inconvenientes de viajar en camino de hierro...

Si alguna cosa pudiera dar una idea completa del movimiento y vida de la época actual, seria el espectáculo que estoy contemplando mientras almuerzo.

El vasto salon del *buffet* contiene más de trescientos viajeros, que corren apresuradamente lo primero que hallan; casi todos de pié; cada cual vestido á su manera (pues nada hay que se preste tanto al capricho como una *toilette* de viaje); revueltas las familias; confundidos los sexos; mezcladas las clases; hablándose unos á otros con la mayor franqueza, á pesar de no haberse visto nunca, y gritando la mayor parte, golpeando en

la mesa ó en las copas, ó dando recias palmadas, á fin de atraer á los mozos, que contestan desde lejos con no menores gritos...

Toda esta gente se ve reunida aquí por un momento, y partirá dentro de pocos minutos en diversas direcciones. Ya os he dicho que en *Alejandro* se cruzan cuatro grandes ferro-carriles. Uno de ellos viene del Norte, habiendo recogido viajeros del Lago Mayor, de Milan, de Como, del Tirol, de Venecia y de Alemania; otro llega de Susa y de Turin; el tercero sube de Génova, trayendo á remolque toda la península italiana; y el cuarto acude desde Bolonia, atravesando los ducados de Módena, de Parma y de Plasencia.—Y esto sin contar con el pequeño camino de hierro de Acqui, tributario también de *Alejandro*.

De vez en cuando, óyese gritar á la puerta del comedor.—¡*Partenza!*...

Y todo el mundo deja de comer y presta oído atento á lo que sigue...

Y lo que sigue es una lista de los pueblos para donde va á salir tren ahora mismo.

Y cada uno, al oír nombrar el pueblo á que se dirige, tira el tenedor ó la cuchara; arroja unas monedas al mozo, y sale á escape, como si le acabaran de anunciar que está ardiendo la casa...

—¡*Marengo!* ¡*Spinetta!* ¡*San Giuliano!* ¡*Tortona!* ¡*Pontecurone!* ¡*Voghera!* ¡*Casteggio!* oigo gritar yo... y hago lo que los demás.

¡*Marengo!* ¡*Marengo!* voy exclamando maquinalmente mientras me dirijo al tren.

Y mi imaginación lo ve todo bajo la forma de un hombre pálido y delgado, de pequeña estatura, lacios cabellos, ojos claros y luminosos y nariz aguileña, vestido con un largo redingote gris y llevando el clásico sombrero napoleónico...

Es el Primer Cónsul; es la Estátua de la columna de *Vendome*; ¡es Bonaparte!

Algunos minutos despues el tren atraviesa una vasta llanura, cubierta toda de interminables y holgadas hileras de olivos y de morales.

A lo lejos se distingue un pueblecillo, dominado por la alta y solitaria torre de su iglesia.

Es *Marengo*.

El Fantasma del redingote gris y del sombrero clásico corre desalado por los campos que median entre el ferro-carril y aquella aldea.

Acaso ese fantasma es una ilusión óptica producida por el humo de la máquina.

Las estensas y ordenadas filas de árboles galopan en pos de él, á medida que nosotros recorremos la llanura.

Se diría que son columnas de combatientes que se lanzan al ataque. Decididamente, estoy viendo la batalla.

El estruendo del tren imita el fragor de la pelea. El humo de la locomotora representa el de los cañones. El movimiento aparente del terreno finge las cargas de caballería. Mi imaginación suple el resto.



Hace sol; pero tambien en el cielo hay contienda entre las nubes.— Pardos ejércitos se buscan ó se evitan en la atmósfera, dibujando sobre la tierra la movible sombra de sus masas...

Yo me creo trasladado al 14 de junio de 1800. Yo me imagino la acometida simultánea, la lid sangrienta, las rápidas maniobras, la fiebre, el horror, la dispersion, los cadáveres...

En esto se nubla el sol... Un velo de luto cubre la llanura de *Marengo*...

Los austriacos han vencido... Los franceses huyen por todas partes... —Son las tres de la tarde... ¡de aquella tarde sangrienta...!

Mas el sol vuelve á salir...

Nuevos fantasmas recorren estos campos...

¡Es *Desaix* que llega con sus tropas al teatro de la accion, atraido por la voz de los cañones!

Bonaparte mira el fatigado astro del dia con mas ansiedad que Josué en Gabaon; consulta la hora, y dice á sus generales: —*Aun tengo tiempo de dar otra batalla.*

Y recomienza la lucha. *Desaix* se lanza al frente de sus escuadrones sobre la línea austriaca, y consigue romperla. El resto de los franceses cae sobre las dos alas enemigas, y las desbarata en una hora...

Torna á ocultarse el sol...

¡*Desaix* ha muerto!...; El bravo *Desaix*, que acaba de llegar de Egipto, cubierto de inmarcesible gloria; el noble *Desaix*, cuyo monumento corona la cima de los Alpes!...

Pero la victoria es de Napoleon. El desastre de por la mañana ha sido vengado con creces á la tarde.

Esta doble jornada entrega toda la Alta Italia á la República francesa. Bonaparte sueña ya con el trono.

El sol luce de nuevo, inundando de oro el horizonte...

*Marengo* ha desaparecido.

Nos acercamos á *Montebello*.

He aquí *Tortona*... Hé aquí *Voguera*..., riquísimas ciudades ambas...

—Pero el tren apenas les concede un minuto de audiencia.

Hé aquí *Montebello*, donde el general Lannes derrotó tambien á los austriacos y ganó su título de duque, pocos dias antes la batalla de *Marengo*, y donde cincuenta y nueve años despues, el verano del año pasado, volvieron á luchar austriacos y franceses.

Pocos kilómetros más allá encontraremos á *Casteggio*, — Otro teatro de la misma reciente lucha; otro laurel del tercer Napoleon...

¡*Casteggio*!..., gritan en esto fuera del tren.

Hemos llegado.

Yo echo pié á tierra, pareciéndome que acabo de despertar de una horrible pesadilla.

El tren sigue hácia Levante en busca de *Plasencia*, *Parma*, y *Módena*...

Yo me quedo.

¡Estoy á cinco leguas de *Pavia*!—La silla de posta del correo me llevará en tres horas.—No hay tiempo que perder...

Y á la verdad, no pierdo ninguno.—Cuando llego á la Administracion, encuéntrome los caballos enganchados y el conductor sobre su trono Partimos.

El terreno que atravesamos constituye el punto de interseccion de las fronteras del Piamonte, la Lombardia y el ducado de Parma.

Por donde quiera que miro, sólo veo morales y más morales, signo que demuestra la inmensa cantidad de seda que produce este país.

Pronto pasamos el *Po* (no sin espanto de los caballos) por un largo puente de barcas que amenaza hundirse bajo el peso del carruaje.

El avariento rio lleva aquí doble caudal del que le conocí ayer en Turin, y eso que todavía no han ingresado en él las abundantes aguas del *Tessino*.—(La confluencia se verifica á legua y media de este puente).

El terreno sube un poco... Los caballos van á escape... El mayoral los arenga en Italiano...

Caminamos bajo la ancha sombra de una gigantesca nube; pero allá, á lo lejos, se vé una zona alumbrada por el sol. En medio de ella distingo una altiva ciudad, coronada de muchas torres, ceñida por las brillantes aguas de un rio, y cercada de frondosas huertas y extensos y verdes campos...

Es *Pavia*.

¡Salud á Antonio de Leyva, su heróico defensor! ¡Salud á las armas españolas! ¡Salud á don Fernando de Avalos, á Lannoy, á Hernando de Alarcon, al marqués del Vasto, á don Hugo de Cardona!—¡Salud tambien al valeroso rey vencido! ¡Salud á Francisco I!...

Otro puente...—Hé aquí el *Gravellona*, que no es sino un brazo del *Tesino*.—El otro brazo ciñe las murallas de *Pavia*...

Y esto me recuerda aquel ardid de guerra del Rey de Francia, que reunió en el *Gravellona* todas las aguas del *Tesino*, á fin de asaltar la ciudad por el álveo seco de la corriente que la defiende hácia el Sur: ardid ingenioso, que era una imitacion del que empleó *Ciro* para entrar en Babilonia; pero que no dió buen resultado al Rey Francisco; pues las aguas rompieron todos los diques, á consecuencia de una gran lluvia, y tomaron su curso acostumbrado.

El *Gravellona* sirve ó servía de frontera al Piamonte y á la Lombardia.—Aquí, pues, estaban antes las Aduanas sarda y austriaca.—Hoy no hay más que una pobre castañera, establecida con su gran anafe á la cabeza del puente...—¿Será austriaca esta mujer?

Del otro lado del *Gravellona* principia una larga alameda, que vá á terminar en la almenada puerta de *Pavia*...

La tarde se ha nublado definitivamente.—El viento, frio y húmedo, me trae remotos clamores de campanas que tocan á muerto.—Esto me

hace pensar en que pasado mañana es víspera de Difuntos.—Debí recordarlo al ver á la castañera.

En el *cupé* del correo ha venido conmigo un buen hombre, natural y vecino de *Pavia*, confitero de profesion, que salió anteayer para Casteggio á ver á un hermano suyo, y que vuelve á su casa lleno de afan por encontrar á su mujer y á sus hijos.—¡Hace cuarenta horas que está separado de ellos!

Nuestra conversacion por el camino ha versado casi toda sobre el estado de la *confiteria* en Italia y en España.—Yo le he explicado los progresos que esta industria ha hecho en el Reino de Granada y de Valencia, y él me ha puesto al corriente de la marcha de sus negocios, ventajas de su establecimiento, *géneros* que ha inventado y estudios á que consagra sus insomnios.—El tal confitero es hombre de elevada ambicion y de no comun inteligencia. Aspira á ser el Napoleon de su oficio, y tiene en más la gloria de su confitería que los provechos pecuniarios.—Ahora se dedica á perfeccionar el dulce de pimienta.

Al avistar á *Pavia*, le he preguntado hácia dónde cae el lugar de la *Batalla*, pero él ha respondido (cual si le hablara de la de Magenta):

—Fue mucho mas allá..., en el camino de Milan á Turin.

Yo le he dicho que se trataba del siglo XVI, y de un Rey de Francia hecho prisionero por los españoles, en el parque de una Cartuja.

—La Cartuja se halla al otro lado de la ciudad, me ha respondido gravemente; pero yo soy de *Pavia*, y no he oido hablar nunca de semejante batalla. ¡Ya sabe usted que se miente mucho cuando se trata de paises lejanos! Aquí no se han conocido más batallas que la que le he dicho á usted y la de Marengo; y esas se riñeron á bastantes leguas de *Pavia*.—¡Como no lo diga por Garibaldi!...—Pero bien que usted habla del siglo XVI...—¡Nada..., nada!... Usted viene equivocado. Aquí no ha sido preso jamás ningun Rey de Francia ni de ninguna parte.—Este es un país monárquico.

Yo me he dado por satisfecho con semejante explicacion, y he vuelto al capítulo de los confites.

Mas hé aquí que al llegar á la puerta de *Pavia* (*porta di Ticino*), mi compañero de viaje se apea del coche y pasa á los amantes brazos de su familia...

Penetro, pues, enteramente solo en la ciudad, asomándome alternativamente á las cuatro ventanillas del *cupé*, con el lápiz en una mano y la cartera en la otra...

Son las tres y media de la tarde.

Los vecinos de *Pavia* se asoman por su parte á las puertas y á los balcones para ver pasar el correo.

La importancia que dan á un acontecimiento tan insignificante, y el silencio que reina por doquier, me demuestran desde luego que la *ilustre Pavia* es una ciudad sedentaria, falta de vida y animacion, que vegeta pacíficamente á la sombra de su histórico pasado.

Las calles que recorro hasta llegar á la Administracion de Correos son tristes y solitarias. La yerba crece impunemente entre el empedrado.

Las casas tienen grandes balcones, muy volados ó salientes, como en muchas ciudades de Andalucía.

Estos balcones están llenos de enormes macetas, en que no solo crecen flores, sino tambien árboles frutales y otras corpulentas plantas, entre cuyas verdes hojas cantan su presente desdicha y sus pasados amores millares de pájaros prisioneros.

Sobre las puertas de las casas se ven muchos más escudos heráldicos que muestras y rótulos de tiendas.

Todo esto me recuerda muchísimos barrios de Valladolid, de Segovia, de Toledo y de casi todas las ciudades de España.

Y la verdad es que el parecido se justifica por el parentesco.—*Pavia* ha pertenecido durante siglos enteros á la monarquía española.

Desde el Correo me han traído al *mejor hotel* de la ciudad, ó sea al *Albergo de la Croce Bianca*.—El genuino *hotel* italiano se llama *albergo*, así como el *restaurant* ó fonda se llama *trattoria*.

Héme aquí, pues, en el *Albergo de la Croce Bianca*, caseron antiquísimo, sumamente incómodo, en que no hay un solo huésped, por lo que me han alojado en el aposento principal.

Este aposento es un salon, en que pueden correr caballos, adornado con muebles seculares, y provisto de dos camas inmensas, altísimas, históricas, en que han debido dormir Antonio de Leiva y Juan de Urbina, y morirse diez ó doce generaciones...

Afortunadamente, toda esta fúnebre grandeza se disfruta casi de balde.

Son las cuatro.—Salgo á recorrer la *ciudad de las cien torres*, á disponer mi escursión á la *Cartuja* y al lugar de la *Batalla*, y á preparar mi viaje á *Milan*,—que dista de aquí nueve leguas.

Vengo de visitar todas las cosas notables que encierra *Pavia*. Sólo me falta ver la *Cartuja*, en la cual me detendré mañana á mi paso para *Milan*.

En cuanto al *Parque* en que se dió la *Batalla*, ya sé donde se encuentra.

Trabajo me ha costado adquirir esta ultima noticia; pues todas las personas á quienes he preguntado por esas calles de Dios, me han respondido..., lo mismo que el confitero, á saber: que aquí no se conocen más batallas que las de Casteggio, Montebello, Magenta y Cavriana.

—Merezco este castigo (me decia yo al oír tales contestaciones). Merezco este castigo, por desmemoriado, ó por ignorante,—que es igual.

O bien, esclamaba,—para vengarme de aquellas gentes:

—¡Comprendo que estos desgraciados no tengan noticia de semejante batalla! ¿Qué les va á ellos en tan señalada gloria? Aquel memorable día no pertenece á los anales de Italia, sino á los de España y Francia.

Los italianos (entonces, como otras muchas veces) fueron testigos de ajenos triunfos; eran la prenda disputada por los extranjeros; dejaban de ser esclavos del vencido para pasar á serlo del vencedor. ¿Qué les importa, pues, á los hijos de *Pavía* que en 1523 los españoles vencieran bajo estos muros á los franceses, ó que los franceses hubieran vencido á los españoles?...—¡A fé que en España no se olvidará nunca aquella lid!—¡A fé que los franceses no la olvidarán tampoco!

Quiso al fin el cielo depararme un padre cura muy entrado en años y de bondadosa fisonomía, el cual salía de una iglesia al mismo tiempo que yo entraba.

Yo tuve (como era natural) levantada la mampara hasta que pasó, y, respondiendo entonces al expresivo saludo con que me dió las gracias, me atreví á decirle, sombrero en mano:

—Perdone usted, señor cura.

—Hable usted, señor caballero,—contestóme él.

(Todo esto en italiano; ó, lo que es lo mismo, en música.)

—¿Quisiera usted decirme hácia qué parte de la ciudad se dió hace tres siglos y medio una batalla?...

El cura se sonrió cariñosamente, y me interrumpió de este modo:

—¡Lo habia adivinado!... Usted es español...

—Para servir á usted, padre mio, respondí, soltando la mampara.

—Y como español (continuó el buen viejo, prendado de mi respetuosidad), va usted buscando el lugar en que sus compatriotas derrotaron é hicieron prisionero al rey de Francia...

—Justamente, señor. Eso es lo que busco.

—Pues bien, hijo mio. Vamos á cuentas. ¿Viene usted de *Milan*?

—No señor. Voy á *Milan*.

—Mejor. ¿Usted deseará ver la famosa *Cartuja de Pavía*?

—¡Oh! ¡si lo deseo!...

—Perfectísimamente.—Usted acaba de llegar á Pavía por la *porta Ticino*... ¿No es cierto?

—Hace media hora...

—Por consiguiente, ¿no ha visto usted todavía nada?...

—Nada...

—¡Buenísimo!—Pues, señor... de todos modos, yo iba á dar un paseo por las calles, atento á que la tarde está demasiado fria para ir al *Stradone* (el paseo público) y además amenaza lluvia... Pasearé con usted; le enseñaré las principales cosas que comprende la ciudad, y luego lo dejaré en su casa...—¿Dónde vive el señor caballero?

—En el *Albergo de la Cruz blanca* me tiene usted á sus órdenes.

—¿Y cuándo piensa usted partir?

—Mañana mismo.

—Entonces, lo primero que vamos á hacer (prosiguió mi venerable *cicerone*) es ir á ajustar un carruaje particular que le conduzca mañana á *Milan*. Llevando usted el coche por su cuenta, puede hacer alto en la

*Cartuja* (que se halla á media legua de aquí) y detenerse allá todo el tiempo que quiera. Cerca de la *Cartuja*, ó sea en torno de ella, está el parque de *Miravello*, en que se dió la Batalla...—Aquel es un paraje amenísimo, donde le aconsejo que almuerce... para lo cual hará usted que le dispongan esta noche en el *albergo* un cestito de provisiones.—Allí podrá usted recordar la Batalla, despues de haber visitado la *Cartuja*; y, con tal que prosiga su camino antes del mediodia, llegará á *Milan* con sol.—¿Qué le parece mi programa?

—Excelente, dije yo con toda verdad; y sólo siento que usted se incomode...

—Yo no me incomodo... Al contrario... ¡Yo tengo particular afecto á los españoles! Como hijo que soy de *Pavia*, he leído con detencion la historia de esta ciudad, y no he podido menos de entusiasmarme ante los grandes hechos que realizaron aquí los generales y soldados de *Cárlos V.*—No es que yo sea cortesano de la fortuna y me ponga siempre del lado del vencedor, sino que hallo más grandes, más nobles y más generosos á *Pescara* y á *Leyva* que á tantos otros capitanes de diversas naciones como alternaban con ellos.—Vea usted, si no, lo que hizo el francés *Lautrec* en 1527 para vengar la derrota de 1525... ¡Entregó á *Pavia* al pillaje de sus tropas durante una semana!... ¡Permitió el saqueo y la violencia!... ¡Se ensañó en una ciudad inocente y desarmada! ¡Como si *Pavia* tuviera la culpa de que los franceses no hubieran podido resistir á los españoles en el parque de *Mirabello!*—¡Ah! ¡pero Antonio de *Leyva!*... ¡El que á mi me enamora es Antonio de *Leyva!*—Yo me lo figuro encerrado aquí sin recursos de ningun género, casi moribundo, con la mayor parte de la guarnicion sublevada porque no recibia un cuarto hacia muchos meses; con la plaza casi abierta hácia el Sur, á consecuencia de haber extraviado los franceses las aguas del *Gravellona*; sin noticias del ejército español; amenazado por el hambre... Pues bien: ¿Qué cree usted que hizo aquel insigne caudillo en semejante aprieto?—*Leyva* empezó por reunir á los españoles, que constituian la mitad de la guarnicion de *Pavia*, y, en vez de pagarles, les pidió, y alcanzó que le dieran, todo el dinero que tenían. (Verdad es que los españoles no eran los sublevados.) Con aquel dinero apaciguó á los alemanes (que componian la otra mitad de la guarnicion y que eran los deshonorables), y de esta manera pudo contar con todos ellos á los pocos dias, para rechazar un tremendo asalto, en que mataron dos mil franceses y al duque de *Longueville* que los mandaba. En otra ocasion, y para acallar tambien las quejas de los mismos tudescos, reunió toda la plata de las iglesias, la que pidió prestada por la ciudad y la mucha que habia empleada en adornos militares, y acuñó una infinidad de moneda.—¿Pues y sus salidas y sus ataques al campamento enemigo? ¿Y el convertirse de sitiado en sitiador? ¿Y su último rasgo, el dia de la batalla, cuando se hizo llevar á ella en una silla de manos al frente de la guarnicion, que cayó como un rayo á retaguardia de los franceses y decidió en un momento la victoria?... ¡Ah!

¡bravo! ¡bravo Leyva! ¡Crea usted que, aunque soy eclesiástico y me veo tan viejo, pelearía yo todavía con gusto á las órdenes de un hombre semejante!

Aunque yo sabia todas estas cosas, me agradaba oirlas en *Pavia* y de boca de aquel viejo, por lo cual me guardé muy bien de interrumpirle.

En esto llegamos á la *Plaza Grande*, donde hicimos el ajuste del coche que ha de llevarme á *Milan*.

La *Piazza Grande* es fea, vieja, súa, melancólica. Rodéanla unos pórticos enanos, desiguales, de arcos algo apuntados, construidos, se conoce, hace algunos siglos.

Lo único agradable que he visto en ella ha sido unas enormes pilas de hermosísimas frutas de muchas clases, en que no sabia qué admirar más, si el tamaño, si la variedad ó si la profusion.

En la Casa de Ayuntamiento (que diríamos en España), llamó mi atención una imágen de la Virgen, delante de la cual ardía una lámpara...

—Veo, le dije al cura, que los vecinos de *Pavia* son muy devotos.

—Como todos los lombardos, me respondió el padre de almas. Ya verá usted en *Milan*.

—Observo tambien que sus paisanas de usted son extraordinariamente altas.

—Las lombardas lo son por lo general; pero, sobre todo, las hijas de *Pavia* tienen fama por su estatura. Las hay que miden cinco piés y medio.

El cura se quedaba corto. En aquel momento cruzaron á mi lado dos señoras que hubieran podido pasar por gigantes en la feria de mi pueblo.

Estas señoras y otras muchas que he encontrado esta tarde, llevaban mantilla de tul.—En su rápido andar y desgarbados movimientos habia no sé qué fantástica nobleza.

En cuanto á los hombres, casi todos usan nuestra capa española.

A este propósito, me recordó el cura que hace poco mas de un siglo, en 1745, los españoles se hicieron otra vez dueños de *Pavia*.

—Yo tengo setenta años (prosiguió despues con tristeza el buen sacerdote), y durante ellos *Pavia* ha cambiado cinco veces de nacionalidad. Cuando yo nací era *austriaca*; luégo la hicieron *francesa*; despues la devolvieron al *Austria*; en seguida se emancipó y fue *italiana*; al poco tiempo la recobraron los *austriacos*, y hoy forma parte de los Estados del rey de *Cerdeña*. ¡Tal es el destino de *Pavia*! Y, sin embargo, ella ha sido ilustre y poderosa como las más grandes ciudades de Europa. Ella ha sido en la antigüedad Capital de la Lombardía, República independiente, Estado feudatario del imperio de Carlo-Magno. Aquí tiene su palacio la célebre familia Malaspina. Aquí nació Lanfranc, el fomoso arzobispo de Cantorbery, que civilizó la Inglaterra. Aquí nació Cardan...

—¿Cómo? ¿Cardan es de *Pavía*!

—Ni más ni menos que yo.

Este Cardan es aquel sabio médico, matemático, astrólogo, visionario, *espiritista*, como se dice hoy, que predijo el día en que había de morir, y que, á fin de no equivocarse, dejó de comer cuando vió que se acercaba el plazo, consiguiendo á la postre que el hambre cumpliera su profecía.

El cura continuó de esta manera:

—Hoy sólo le queda á Pavia su renombrada universidad, y 25,000 habitantes dedicados á la agricultura, á la sedería y á las ciencias. Verdad es que, dentro de quince días, esta desanimacion y tristeza que advierte usted hoy en calles y plazas, se tornarán en júbilo y ruido, con la llegada de 1,400 estudiantes que están de vacaciones; pero luégo viene el verano, y vuelve la decrepita ciudad á su pacífico sosiego.

En estas y otras conversaciones se nos ha pasado la tarde, que, merced á la afabilidad é instruccion del señor cura, ha sido una de las más aprovechadas de mi vida.

Asi fuimos á la *Catedral*, á la *Universidad*, al *Castillo*, y á otras muchas partes; yo preguntándole lo que no sabía, y él refiriéndome lo que se le antojaba.

La *Catedral* se empezó en el siglo XV y aun no está concluida. Una de las cosas que quedan por hacer es la cúpula, en cuyo hueco se ha tendido provisionalmente un cielo raso.

En este templo hay un magnífico Sepulcro de mármol blanco, adornado con más de trescientas estatuitas de santos y personajes alegóricos, de un mérito nada comun.—Aquel sepulcro encierra las cenizas de San Agustin.

Acerca de la identidad de estas cenizas, hay encontrados pareceres.—Por ejemplo: el *Itinerario de Italia* la niega; y el sacristan que enseña el monumento la afirma.—Aquel dice: *pretendu tombeau*. Este dice: *vera tomba*.—Yo me quedo con el *vera* del sacristan.—En cuanto al vecindario de *Pavia*, lo llama piadosamente: *l'Arca di San Agostino*.

La *Universidad* es magnífica y una de las más antiguas y reputadas de Europa. Su fundacion se atribuye á Carlo-Magno. Comprende cuatro patios espaciosos, una multitud de clases, el mejor *Gabinete Anatómico* de Italia, un *Museo de Historia Natural*, otro de *Física*, una gran *Biblioteca* y un *Jardin Botánico*.

El *Castello* es el antiguo Palacio de los Visconti, convertido hoy en cuartel.—Allí debió de habitar Antonio de Leyva.

Pero la verdadera rareza de *Pavia* no es ninguna de estas, sino sus famosas *cien torres*, de que ya quedan muy pocas en pié.

Estas Torres no coronan templos, castillos, ni palacios, como cualquiera se figurará, sino que arrancan de la tierra, en medio de las plazuelas y hasta de las calles, y se levantan solas, escuetas, cuadradas, angostas, altísimas, al modo de colosales maderos clavados en el suelo.—Todas son de ladrillo, sin que el arte haya entrado por nada en su construccion.



—Padre, ¿qué representan esas torres? le pregunté al señor cura. ¿Para qué servían? ¿Qué significaban?

—No servían de nada, y significaban solamente el ridículo extremo á que puede llegar la vanidad del hombre. Estas torres las levantaban los antiguos magnates de Pavía (los *Botticella*, los *Olevano*, los *Mezzabarba*, los *Brambilla*, y otros de que ni aun queda memoria), para conmemorar el nacimiento de sus hijos. Al principio fueron pequeñas; pero luégo los señores empezaron á competir sobre quién las construía más altas, y llegó á haber algunas de una elevacion prodigiosa. Estas fueron las que se hundieron más pronto... no sin graves daños para la ciudad. ¿Como eran tan altas y tan endeblés, el menor terremoto las derruía!—Y lo mismo les pasa á los soberbios...

Confesad que mi *cicerone* de hoy vale un mundo.

Cerca del oscurecer, el señor cura hizo una paradita de las suyas, y me dijo:

—*Amigo mio* (permitame usted darle este nombre), yo me retiro á casa...

—Señor cura, tendré el honor de acompañarle á usted:..

—No lo permito, á menos que quiera usted tomar posesion de ella y acompañarme á hacer colacion.

—Le doy mil gracias; pero harto he abusado de su bondad. Si usted quiere venir á mi pobre *albergo*...

—Está usted en la puerta...

—¡Oh! ¡qué bondad! ¡me ha traído usted hasta aquí!

—¡Nada! Descanse usted, que mañana tiene que hacer un viaje.

De buena gana seguiría copiando la larga série, no de *cumplidos*, sino de requiebros y protestas del alma que nos hemos dirigido todavía antes de separarnos el señor cura y yo. Tendría una complacencia en ello, aunque sólo fuera por no olvidar nunca las afectuosas palabras del respetable anciano y aquellas en que yo le he expresado mi gratitud y reconocimiento; pero temo enojaros con semejante relacion, y habré de limitarme á deciros que el buen viejo lloraba cuando me dijo *adios*, y que yo me quedé clavado en mitad de la calle, como una de aquellas macilentas torres, procurando darme cuenta de la profunda emocion con que veía desaparecer para siempre á aquel personaje que dos horas antes me era desconocido.

¿Quién sabe? ¿Quién conoce los parentescos ignorados, físicos ó espirituales, que mediarán entre personas que se crean estrañas? ¿Quién me dice á mí que este padre cura no es un alma española en un cuerpo italiano? ¿Quién me puede convencer de que su cuerpo no es una renovacion del de cualquiera de los españoles que murieron en Pavía hace trescientos treinta y cinco años? ¿Quién me asegura que su cuerpo y hasta su alma no descienden de algun personaje con quien yo simpatizo al través de la historia?

Como quiera que sea, yo he vagado por las calles otra hora más, embozado en una capa que en nada se diferencia de las que aquí se usan, solo y bastante triste, viendo jugar á los chicos en las plazuelas, á la luz de la luna, y oyendo en todos los campanarios el toque de *Vigilia* con que se recuerda á los fieles que mañana es víspera de *Todos los Santos*...

Y como este toque, y aquella luna, y aquel juego de los muchachos, y aquellas vetustas casas, y aquellos grandes balcones (al través de cuyos cristales se percibia ya la luz de la velada doméstica, y acaso tambien la amante sombra de alguna beldad que esperaba á su rondador); como todo esto, digo, era igual á lo que se ve al anochecer en las antiguas ciudades españolas, á lo que ahora mismo se verá en aquella en que yo nací, á lo que constituye el tétrico fondo de la historia de mi niñez..., he tenido momentos de profunda melancolía, en que he suspirado por la remota patria y momentos tambien de ilusion, en que me ha parecido estar en España, y he creido reconocer á los transeuntes, y amar de largo tiempo á alguna de aquellas pensativas y descontentas hijas de familia que hacian la centinela en los balcones, y ser tertulio y familiar de muchas de las casas en cuyo portal acababan de encender un farolillo, y á cuya puerta daba un aldabonazo, muy conocido ya sin duda, el padre que volvia de paseo ó el novio que entraba de visita...—Y este delirio, alimentado á un mismo tiempo por los afectos del hombre y por la imaginacion del poeta; esta fantasmagoría, fruto del corazon y del alma, se combinaba y fundia con los recuerdos históricos; iba y venia por el tiempo, reflejando lo pasado en lo actual; daba cuerpo y vida á los dramas y leyendas, á las novelas y pinturas que esta lejana tierra ha inspirado á los ingenios españoles; y, confundiendo la verdad y la ficcion, unas generaciones con otras, y la distancia con la antigüedad (cosa sumamente fácil), hacíame creer, por último, que me encontraba en España, dormido y soñando con una ciudad quimérica; que la historia era un mundo fabuloso; que *Pavia* sólo habia existido en la imaginacion de un romancero, y que, si no hubiera España, no habria *Pavia*, como si no hubiera ojos, tampoco habria colores.

En el momento que escribo estas líneas, mis ideas son muy diferentes.

Serán las diez de la noche. Me encuentro solo, en el vasto salon de los dos lechos. La bujía que me alumbrá no alcanza á esclarecer los altos artesonados ni los ángulos de la habitacion; pero, cerca de mí distingo vagamente una lámina, único adorno de la pared en que se apoya la mesa.

Esta lámina representa una escena de la *Rosmunda* de Alfieri...—Lo comprendo: Rosmunda es toda una faz de los primitivos tiempos de *Pavia*...

En un cuarto contiguo al mio, y separado de él por una puerta *condenada*, oigo hablar en Italiano á unos huéspedes que han llegado esta

tarde al *Albergo*, durante mi paseo con el señor cura, y que han comido conmigo en la *mesa redonda*.

Son dos jóvenes marqueses de *Milan*, soldados voluntarios, sargento el uno y cabo el otro, que vienen de *Florenzia* con parte de su Batallon á relevar la guarnicion de *Pavia*.

Los demás soldados se han alojado en las casas de la ciudad.

Ahora poco, cuando aún estábamos á la mesa, entró en el comedor una elegantísima y hermosa joven, que se arrojó en los brazos del maqués sargento, y le llenó de besos toda la cara.

Era una hermana suya, residente en *Milan*, que no lo habia visto desde antes de la última guerra, y que, sabedora de que esta noche llegaba el maqués á *Pavia*, ha venido á sorprenderlo por tal modo, haciendo uso de su reciente indemnidad de casada.

De la conversacion de los tres jóvenes, he deducido que el feliz hermano ha hecho toda la campaña de 1859; que fue ligeramente herido en *Pallestro*, y que tiene una novia, amiga de su hermana y hermana de su amigo el aristocrático *cabo*.

Despues de las primeras expansiones, han entrado los tres en esa habitacion, donde los oigo hablar y reir, ó tocar el piano y cantar...—La marquesita tiene una voz preciosa.

Esta escena es la última faz de la historia de *Pavia*:—la faz política de hoy.

En medio de su alegre *soirée*, ha venido á interrumpirlos el *sargento segundo*, con otros cabos de la compañía, á fin de darle cuenta *al primero* del alojamiento de la tropa, y pedirle no sé si dinero ú orden para sacar raciones; todo lo cual ha entretenido largo tiempo al pobre maqués.—Pero no bien han quedado solos los tres aristócratas, ha vuelto á principiar la fiesta; y en verdad os digo que yo no recuerdo haber oido muchas carcajadas tan argentinas, tan frescas y tentadoras como las que lanza á cada instante la recién-casada marquesita...

Ya ví mi cielo yo claro a'gun dia...  
Mostrábaseme amiga la fortuna,  
Parciendo en mi bien estarse queda...

dice fray Luis de Leon.

Conque vamos á acostarnos en cualquiera de esas dos horribles é incommensurables camas que, más que para el sueño, parecen dispuestas para la muerte ó para el insomnio.

Mañana á estas horas me encontraré probablemente en el teatro de la *Scala de Milan*.

Esta esperanza me consuela de muchas cosas.

.....  
Dia 31 de octubre.

Son las once de una hermosísima mañana.

Estoy en el parque de *Mirabello*, á una legua de *Pavia*, en el mismo lugar en que, al decir del sacristan de la *Cartuja*, fue hecho prisionero el rey Francisco.

Acabo de pasar dos horas en el Monasterio, cuyos altos obeliscos y arrogante cúpula aun distingo desde aquí.

Tambien he almorzado ya..., del modo y manera que me aconsejó el cura.

El cochero que me conduce, y que ha participado de mi merienda, ha vuelto á enganchar los caballos al cabriolé ó calesa en que he venido, y me aguarda sosegadamente en medio de la carretera, que distará de aquí un tiro de bala.

Voy, pues, á abandonar estos lugares...; pero antes, bueno será que me desahogue en mi *Libro de memorias* del entusiasmo ardiente que me ha causado la maravillosa *Cartuja* y de los gratos pensamientos que me asaltan en este parque.

La *Cartuja de Pavia* es indudablemente un prodigio de suntuosidad y de trabajo. La imaginacion no puede soñar un monumento más rico, más primoroso, más acabado. Acaso, en cuanto á *belleza espiritual*, la superan otras muchas obras de arquitectura; por ejemplo, nuestras catedrales de Leon, de Sevilla, de Búrgos y de Toledo... Quizás, y sin quizás, aquellos templos hablan mas alto á la imaginacion, despiertan mas nobles y religiosos sentimientos, elevan más el ánimo, son más sublimes, y, por decirlo así, más ideales... Pero la *Cartuja de Pavia* no debe considerarse desde este punto de vista: en ella no hay que atender al espíritu, sino á la forma: su ideal no es la religion; su ideal es el arte... y tambien el lujo. —Dicho se está, por consiguiente, que su estilo es del *Renacimiento*.

Para mí, el *Renacimiento* revela un gran fenómeno moral, social, político, religioso, cuyas causas no debo examinar ahora.—Baste decir el efecto que me producen sus creaciones mas peregrinas.—Yo creo que, en la Edad-Media, el arte se hallaba al servicio de la religion, y que desde el *Renacimiento*, la religion se puso al servicio del arte.—En las iglesias góticas y bizantinas, en las pinturas anteriores á Rafael, y hasta en la primera época de este soberano artista, la forma es lo secundario: lo principal es el sentimiento. Pintores y arquitectos trabajan por devoción; y la fé, el amor divino, inspiran todas sus obras: el mundo espiritual es su mundo; la hermosura del alma su tipo de belleza; la glorificación de Dios, su afán y su deseo. El *Renacimiento* (ya lo dice su nombre) es la vuelta del paganismo; es la adoracion del ideal humano; es la exaltacion de la belleza terrena; es el culto de la forma; es el arte por el arte.—Los términos se han invertido. El *fin* se ha convertido en *medio* y el *medio* en único fin.—La religion es ya el asunto, el pretexto, la ocasion del arte; como antes el arte habia sido el auxiliar, el devoto, el sacerdote de la religion.—*Giotto* ó *Perugino*, por ejemplo, le decian á su paleta: «dáme colores con que pintar á Jesus.»—Ticiano y Miguel Angel le decian á Jesus: «dáme asunto para pintar un cuadro.»—Y lo mismo

aconteció con la arquitectura y la escultura.—Y lo mismo aconteció tambien con la poesía.

Pero todo esto sería demasiado largo de exponer y de probar, y la ocasion no se brinda á ello... Diré, pues, únicamente, que si la *Cartuja de Pavia*, con ser un portento de arte, de gusto y de riqueza, no inspira místicos sentimientos, consiste en las razones prefijadas.—Su conjunto maravilla, pero no impone; causa admiracion, pero no atrae; recrea, pero no conmueve.

Examinada en detalle, ya es otra cosa. Como obra de transicion (pues está muy lejos de ser puramente clásica ó pagana); como término medio entre el gotico y el greco-romano; como hija del siglo XIV; como *plateresca*, en fin (que esté es su verdadero carácter), la Cartuja de Pavia refleja todavía en sus pormenores el espíritu austero de los siglos medios. Los bajo-relieves, las esculturas y los mosaicos que la revisten, reúnen muchas veces el primor artístico y el sentimiento cristiano. El aspecto general de la fachada, de las naves y hasta el de las capillas ofrece todavía, gracias á la multitud y finura de sus adornos, algo de aquella sutileza, de aquella vaguedad, de aquel espiritualismo que excluyen por otro lado sus líneas horizontales, sus arcos perfectos, sus recias columnas y el triangular frontispicio que hay encima de la puerta. La riqueza, en fin, la gracia, la asombrosa inventiva de tantos y tan renovados accidentes como decoran todas y cada una de las partes del edificio, hacen á este templo digno de su fama, y concluyen por acallar las más severas exigencias de la más rigurosa crítica.

Pero os estoy hablando demasiado de cosas que todavía no habeis visto; y creo que me agradeceréis mucho más el que os haga contemplar con vuestros propios ojos la Iglesia y el Monasterio de que se trata.

Viniendo de *Pavia*, por una carretera espaciosa, que va recta y llanamente á *Milan*, encuéntrase á la derecha, despues de andar una legua ó poco menos, un camino de segundo orden, que lleva, por entre altos árboles, hasta un puente echado sobre un Canal navegable.

Este Canal (*naviglio*) pone en comunicacion á *Milan* y *Pavia*. Al otro lado de él se pasa una verja de hierro y se llega á un *vestibulo* de hermosa arquitectura, cuyo interior está pintado al fresco por *Luini*, de quien, segun mis informes, tendremos ocasion de hablar mucho dentro de pocos dias.—*Luini* fue el discípulo más aventajado de Leonardo de Vinci.

Despues del *vestibulo*, encuéntrase un ancho *patio* ó *compás*, de más de cien metros de longitud, cerrado á derecha é izquierda por altos y regulares edificios (que son Hospederías, Almacenes y otras dependencias del Monasterio), en cuyo fondo se ve la *Fachada principal* de la Iglesia.

A pesar de cuanto hemos dicho, ó sea antes de pensar en ello, no habrá quien no se detenga maravillado al descubrir aquella obra portentosa.—Su magnitud; su noble regularidad; el brillo del mármol blanco, dorado por los siglos; las mágicas labores que bordan toda aquella gran masa; la

armoniosa disposición de sus accidentes; sus mil columnitas; sus altas galerías de calados arcos; sus innumerables estatuas; la piedra de colores que da más realce á lo esculpido en el segundo cuerpo; la abundancia y prolijidad de los adornos, de los bajo-relieves, de los bustos, de los medallones; y, sobre todo, el lujo y la magnificencia que se combinan allí con el gusto más refinado, hacen creer al caminante que lo que tiene ante los ojos es un precioso manto colgado del cielo, que le oculta regiones sobrenaturales; ó un velo de gasa y oro, en que los ángeles, no los hombres, han bordado primorosos trasuntos de cuanto vieron en su patria, la Jerusalem Eterna.—Y si al caminante no se le ocurre nada de esto, por lo menos habrá de reconocer que, á pesar de la fama universal de la *Cartuja*, nunca se prometió encontrar en el seno de los campos, en tan solitario y monótono paraje, un tan singular prodigio; y que, siquiera una vez, la realidad ha mejorado con mucho las más brillantes ilusiones de su mente.

Vista de cerca esta *Fachada*, causan verdadero asombro las mil obras maestras que constituyen su ornamentación. Hay detalles allí que gozan de una celebridad europea. Los bajo-relieves son tan preciosos, que algunos crueles amantes del arte no han podido resistir á la tentación de arrancar ora una cabecita, ora una mano casi imperceptible, ora un ángel entero, del tamaño de una mariposa, lo cual ha dado origen á serias reclamaciones cuando se ha sabido su paradero.—Estos bajo-relieves representan por lo general episodios de la vida de Juan Galeazzo Visconti, fundador de la *Cartuja*, ó asuntos tomados de la historia de la orden de San Bruno.

Todo el mundo sabe que Juan Galeazzo Visconti fue un Duque de Milan, perteneciente á aquella familia de Atridas que por espacio de dos siglos presidió los destinos del Milanesado.—Este tal contentóse, á lo que parece, con asesinar á un tío y á unos primos suyos, á fin de heredar el trono, y con enjendrar dos hijos, Juan María y Felipe María, que dejaron en mantillas en punto á crueldad á todos los Visconti, sin exceptuar al renombrado Azon. Mas, por fortuna suya (de *Galeazzo* hablamos), y por fortuna también de la humanidad y del arte, casó con una mujer piadosa, que logró infundir en su alma el temor de Dios y vivos remordimientos por tamaños crímenes, y, ya en este estado, quiriendo el usurpador y asesino desenojar al cielo, fundó nada menos que la Catedral de Milan y la *Cartuja* de Pavía. Para esta última obra, dió el *parque* en que nos hallamos (él cual mide legua y media de circunferencia), disponiendo que se levantara al lado de la Iglesia, dedicada á la Virgen de Gracia, un Monasterio para veinte y cinco cartujos, asignándoles un millon de renta, á fin de que incesantemente perfeccionasen la maravilla que les dejaba á medio hacer...

Ahora bien, uno de los bajo-relieves que adornan el porche de la puerta principal, representa el acto de poner Visconti la primera piedra de tan insigne monumento. Esta ceremonia se verificó el día 8 de

setiembre de 1396, á presencia de toda la córte y vecindario de Milan, que habian acudido por una parte, mientras que por la otra habia venido una Legacion, comisionada al efecto por el Sumo Pontífice, compuesta de Piores y Visitadores de las principales Cartujas de Italia.

Otro de los bajo-relieves representa la Consagracion de la nueva Iglesia por un Cardenal español, obispo de Murviedro, á presencia tambien de muchos obispos y caballeros. Entre estos últimos se ve al Embajador de España en la córte de Milan.—De buena gaña quisiera yo saber ahora quién era este Embajador...

En el interior del arco de la portada se lee la siguiente dedicatoria:

MARIE-VIRGINI, MATRI, FILLE, SPONSA DEI.

(A la Virgen María, Madre, Hija y Esposa de Dios.)

El interior del templo no puede describirse.—Yo no acierto á decidir que es más notable en él, si el gusto ó si la riqueza; si las líneas generales ó la ornamentacion; si el primor de los accidentes considerados en sí, ó el armonioso aspecto de su conjunto.—Os diré, pues, únicamente, á fin de que vuestra imaginacion conozca siquiera el espacio que ha de poblar con sus más bellas creaciones, que la Iglesia tiene la forma de cruz latina y se divide en tres naves, además de las dos que forman los brazos de la cruz. Todas las bóvedas son azules con estrellas de oro. La arquitectura recuerda mucho el gótico, sin serlo precisamente. Diríase que es un gótico *italianizado*, más amplio, más regular, más simétrico, más sólido que el de España y el del Norte. En la base ó arranque de aquella bóveda, que semeja un cielo, véanse grandes frescos del Borgognone, representando patriarcas, santos y profetas. Siete capillas, separadas de la nave central por verjas de bronce y hierro y que se comunican entre sí, constituyen cada nave lateral. Cualquiera de estas capillas pasaria en otra parte por un portento. Durante trescientos años, una dinastía de artistas (la familia Sacchi) ha tenido vinculado el encargo de adornarlas, y son innumerables los mosaicos, las estatuas y los bajo-relieves de gran mérito que han acumulado allí una y otra generacion. Añadid á esto una soberbia coleccion de Cuadros del mismo Borgognone y del maestro del divino Rafael, ó sea del sublime Perugino (estos cuadros del Perugino son copias: los originales han sido robados por los conquistadores ó vendidos por los religiosos en épocas de tribulacion); revestid los altares de ricos mármoles, de enormes malaquitas, de pórfido, de alabastro oriental, de serpentina y de piedras aun más preciosas; imaginaos las verjas, de una riqueza y de un gusto artístico que exceden á toda ponderacion; salid á la nave central y ved los monumentales candelabros del célebre Fontana; las puertas de concha, nácar, marfil, plata y ébano; los magistrales vidrios de colores y la silleria del coro, riquísimo museo de escultura en madera; figuraos, en fin, la alta y elegante cúpula, en que Casolani di Sienna ha pintado al fresco el *Apocalipsis*, con una notable



fuerza de fantasía y de colorido, y aún no tendreis idea de todo lo que la paciencia, el saber, la devocion, el arte y la opulencia han reunido en aquella Iglesia solitaria.

Réstame hablar, como de una de sus obras más acabadas y sublimes, de la capilla mortuoria de Juan Galeazzo, situada en la nave trasversal de la derecha.—Los religiosos, agradecidos al fundador de tan suntuosa Iglesia y rico Monasterio, no han escaseado medio alguno de embellecer y realzar el Mausoleo de Visconti.—Cincuenta ó sesenta años emplearon varios insignes artistas en esculpir su sepulcro, que es una especie de retablo, del mas delicado estilo plateresco, en el que la piedra ha llegado, bajo el cincel del genio, á conmoverse, á sentir, á palpar, á idealizarse, á hablar de tal modo, que parece haber desaparecido la primitiva materia de aquella obra milagrosa, para convertirse en flores, ángeles, marciales atributos y seres animados. Allí se ven dos grandes bajo-relieves, que representan escenas de la vida de Galeazzo; una hermosa estatua de la Virgen, coronando el altar, ó sea el segundo cuerpo del sepulcro; y en la parte inferior, detrás de dos elegantes arcos, encuéntrase la urna cineraria, de noble y severo corte, sobre la cual yace la estatua del poderoso Duque, custodiada por dos magníficos genios, que son, si no me engaño, a *Fama* y la *Victoria*.

¡Y ved lo que son las cosas humanas!—Juan Galeazzo dispuso en su testamento que su corazon fuese trasladado á Vienne, en el Delfinado; que sus entrañas se sepultasen en la catedral de Santiago de Galicia, y que sus huesos fuesen conservados en la Iglesia de la Cartuja, en el lugar donde se levanta el fúnebre monumento que he descrito. Ahora bien; mientras este se contruia, los religiosos depositaron en otra parte los restos de su protector; mas hé aquí que, una vez terminado el mausoleo, nadie pudo acordarse del sitio en que habian enterrado provisionalmente á Visconti.—La suntuosa urna de que hemos hablado está, por consiguiente, vacía.

Es decir, que aquel hombre que habia erigido dos de los templos más hermosos de la cristiandad; aquel hombre que habia fundado un monasterio, ricamente dotado, para que fuese su perpetuo albacea y prosigúiese la obra de reconciliarle con Dios; aquel hombre que murió convnecido de que sus restos dormirian el sueño eterno en un magnífico sepulcro y á los piés de su abogada la Virgen María; aquel hombre, en fin, á cuyas cenizas hubieran tributado los cartujos, durante siglos y siglos, todo linaje de exequias y de honores, yace en ignorada sepultura, sin que una cruz preste sombra á sus despojos mortales, sin que una oración, una flor ni una lágrima haya purificado la olvidada tierra que tragó ansiosa al parricida, al asesino, al usurpador, al tirano.—Diriase que Dios no habia querido admitir al réprobo en su santa casa! Ni faltaria quien creyera, en aquellos tiempos supersticiosos, que el diablo se habia llevado el cuerpo de Visconti á [los profundos infiernos, no contento ni pagado con tener allí su alma.— De cualquier manera, el lance es sumamente có-



mico y yo me he reído mucho al saberlo de boca del sacristan, quien acabó tambien por reirse.—La Iglesia ha sido siempre democrática en sus relaciones con los reyes.

El monumento de Juan Galeazzo recibe luz de una alta ventana, en cuyos vidrios se ve pintado, por cierto magistralmente, un colosal retrato de San Gregorio el Grande.—¿Qué hace allí el austero y noble Pontífice, interpuesto entre el cielo y el mausoleo de Visconti?—¿Es un mediador ó es un anatema? ¿Defiende al arrepentido, ó acusa al hipócrita que pretendió engañar al cielo? ¿Acepta la Cartuja, ó la rechaza?—¿Quién lo sabe!

Desde la Iglesia he pasado al *Monasterio*, que es vastísimo.

El *Claustro grande*, en torno del cual se encuentran las celdas de los religiosos, tiene 125 metros de largo por 102 de ancho. Su arquitectura es severa y magestuosa.

Pero al penetrar en aquellos sitios, yo no he pensado ya en las artes, sino en los cartujos. Una honda paz, nunca sentida, se ha apoderado de mi espíritu. Reinaba un silencio perenne, sublime, deleitoso. La luz del sol se esparcía alborozada por tanta soledad... Unicamente las aves, que cruzaban el alto cielo y pasaban inadvertidamente sobre el patio, daban señal de la vida del mundo y del mundo de la vida...

Todas las celdas (que son veinte y cuatro, sin contar la del Prior) estaban cerradas, y algunas de ellas vacías, ó sea habitadas por el recuerdo del último cartujo que vivió en ellas...

En esto se abrió una, y apareció un monge.

Yo me estremecí involuntariamente, creyendo ver un resucitado.

—Es el padre Ludovico, me dijo al oído el sacristan. Va á la celda del Prior.

El religioso avanzaba entre tanto con los ojos clavados en el suelo.

Al pasar por delante de mí bajó aún más la cabeza y se levantó un poco la capucha.

Era un hombre alto, moreno, demacrado, todavía jóven...—Yo creo que no tendria treinta años.—Llevaba afeitada la cabeza, y vestia un sayo blanco de lana, ceñido á la cintura con una correa negra.—Sí yo hubiera visto sus ojos, podria conjeturar algo de su historia... Pero como no se los ví, ni aun adivinarla me es dado.

Despues entramos en una celda vacía—Su último morador se murió hace dos meses.

—¿Era viejo? le preguntó al sacristan.

—Tendria cuarenta años.

La celda, ó por mejor decir, la *casa* de cada cartujo, se compone de dos pisos y un pequeño jardin.—El piso bajo comprende una habitacion con chimenea de campana, y un cuartito para leña, y el piso alto dos aposentos, uno de ellos con chimenea. El jardin de la celda que yo veia, habria tenido flores... Pero sus secas matas estaban ya por tierra.—En un rincon habia un pozo, cuyo ocioso acetre y reposadas aguas me llenaron de melancolia.—No lejos se adivinaba el lugar de la sepultura, abier-

ta mil veces por el monje que allí había vivido, y cerrada la última vez por sus compañeros...

En uno de los aposentos del piso alto, ví tendido en el suelo un jergon de paja que había servido mucho tiempo de cama al solitario.—Allí se acostó con sus pensamientos; allí se resolvió con sus dolores; allí soñó tal vez con su pasado...—Sobre una pobre mesa se veían un crucifijo, una calavera, un toscó recado de escribir y un rosario.—Completaban el ajuar una silla, una albacena con algunos libros, una pila de agua bendita y una palmatoria.

En el otro aposento había algunas tablas y un banco de carpintería con sus correspondientes herramientas.

¡Y nada más!—¡Y aquello era... aquello había sido toda una vida!

Hé aquí ahora las noticias que me dió el sacristan acerca de los cartujos, refiriéndose sin duda á algun libro; pues su relacion fue tan rápida y acompasada que se conocia que hablaba de memoria.

—«Aquí no se sabe nunca nada de lo que pasa en el siglo. Los acontecimientos que más ruido hacen en el mundo, son ignorados por los religiosos durante años y años, hasta que el Prior cree conveniente revelarlos á la comunidad.—Los cartujos son á un mismo tiempo cenobitas y solitarios. Como cenobitas, van todos los dias á la iglesia á celebrar los Santos Misterios y cantar los Divinos Oficios. Los dias ordinarios se reúnen tres veces: una, á media noche, para cantar maitines; otra, por la mañana, durante la misa conventual y misas privadas; y otra, por la tarde, á la hora de vísperas, que en los dias feriados van seguidas del oficio de difuntos. Los domingos y fiestas comen reunidos en el rectorio, donde uno de ellos lee en alta voz, sin que sea permitido á los demás hablar palabra. Una vez por semana dan juntos un paseo de tres horas, y los dias de fiesta gozan de algun recreo, en que están prohibidos los juegos, la música y todo lo que sea contrario á una vida de oracion y recogimiento.—Como solitarios, los cartujos pasan todo el tiempo restante metidos en su celda, en donde no pueden recibir á nadie sin licencia del prior, y de donde no salen sino para ir á la iglesia en las horas de oficios, ó al cuarto del superior cuando lo reclama algun asunto muy importante.—En cuanto al empleo que hacen de su soledad, consiste en rezar las *horas* que no se cantan en la iglesia y un oficio particular á la Virgen; en estudiar la Sagrada Escritura, la Teología y los Santos Padres, y en hacer algun trabajo manual que sirva de distraccion al espíritu y de ejercicio al cuerpo.—Estos trabajos son generalmente obras de carpintería, ó el cultivo de su jardin.—Cada cual tiene en su celda un cuadro en que están marcados todos los deberes y ocupaciones que tiene que cumplir en cada hora del dia, segun las estaciones.—Acuéstanse temprano, y despues de cuatro horas de sueño, la campana les evisa que se levanten y recen en su celda los maitines del oficio de María, y tres cuartos de

hora despues han de estar en la iglesia, donde se canta á media noche el oficio canonical. De vuelta en sus habitaciones, rezan aun hasta las tres de la mañana, que se acuestan para dormir otras dos ó tres horas.—Los cartujos ayunan ocho meses del año, y comen perpetuamente de vigilia. Durante el Adviento y la Cuaresma, asi como todos los viernes y muchos dias señalados, se abstienen hasta de lacticinios. Por último, les está prohibido el uso de ropa blanca, y duermen siempre vestidos, sobre un pobre jergon como el que acaba usted de ver.»

Esta relacion, lejos de espantarme, me ha causado envidia, y he lamentado mi flaqueza de alma, que me impide abrazar una vida semejante. Su rigor no me asusta... ¡Ni aquello es rigor! Yo he llevado en Africa una existencia mucho más dura, más incómoda, menos sana, más llena de privaciones y peligros, y sin embargo, no recuerdo haber vivido nunca más feliz, más alegre, más descuidado, más satisfecho.—El desprecio de la materia, la reduccion de las necesidades, la vida natural, la certidumbre del porvenir, la contemplación solitaria, el olvido de toda vanidad, el coloquio perpetuo del hombre con su alma y de su alma con el infinito, son goces muy superiores á todos los placeres que encierra la sociedad...

—¿Y la mujer?—me direis.

Es verdad.—Pero yo supongo que cuando os encerrais en una Cartuja llevais ya en la mente un océano de recuerdos.—La mujer pasó ya por vuestra vida, escribiendo adorados nombres en vuestro ardiente corazon.—¡Y lo mejor de una mujer es su nombre y su memoria!—Para el que amó ya; para el que vió morir, ó envejecer, ó volverse loca, ó convertirse en lodo viviente las prendas de su alma, el retiro es la reivindicacion de lo pasado; es la vuelta á los primeros amores; es un arreglo á la turca con todas las mujeres de su vida; es un Valle de Josaphat, en que vuelve á ver todo lo que perdió; es una resurreccion anticipada; es la fidelidad de la muerte.—¿Qué mejor casamiento?

—Pero ¿y los hijos?

Teneis razon.—La gloria, la honra, la magestad y la dicha de tener hijos deben comprarse al precio de la paz de la existencia, y hasta me atrevo á asegurar que se saldrá ganando.—¡Tener hijos debe de ser un cielo!—El que tiene hijos no envejece, no pierde tiempo, no malversa la vida, no malgasta su alma. Sus años van cayendo en una especie de caja de ahorros, que en cualquier momento puede presentarle reunido, efectivo, contante y sonante, tolo el capital que antes se le convertía en sombras, en recuerdos, en olvidos ó en remordimientos.—«¿Qué he hecho yo de estos años! ¿Dónde está mi ayer? ¿Dónde está mi juventud?» se pregunta un padre; y vuelve la cabeza, y ve reunidos en el hijo de sus entrañas, en otro *él*, en *él* mismo, en su propia sustancia, en la vida de su vida, todos aquellos años, toda aquella historia, toda aquella juventud que echa de menos.—¡Ay del que muere sin dejar fruto ni semilla! ¡Ay del que no vincula sus esperanzas! ¡Ay de los solterones!

¡*Macbeht no tiene hijos!*—¡Consuélate, pobre padre, que has perdido el tuyo!—¡*Macbeht* tiene mujer... y una mujer estéril!!

Quedamos, pues, en que ser cartujo es preferible á ser casado, y en que ser casado y tener hijos es preferible á ser cartujo.—La suprema desgracia, por consiguiente, seria hacer el sacrificio de casarse, y dar con una mujer infecunda.—Esta desgracia es mucho mayor que la de tener hijos y perderlos.—En este último caso, yo creo que optaria por tenerlos y morirme.—Lo que nadie debe desear es no casarse y tenerlos... ¡Esto menos que nada!—Pero hasta ahora no se me ha ocurrido el colmo del horror...—¡El colmo del horror debe de ser el llegar á dudar de que nuestros hijos sean *nuestros!!!*—Vuelvo á creer que lo mejor es ser cartujo.

Conque vamos al grano, que el sol se acerca al cenit, los caballos se impacientan en el camino, y yo quiero llegar á *Milan* de día, segun me aconsejó el señor cura.

Poco me resta que contar.—Al volver á la Iglesia, mostróme mi bondadoso guía una silla del coro, y me dijo:

—En esa silla se sentó muchas veces Francisco I, durante los dias que estuvo preso en esta Cartuja.

—¡Ah! ¡es verdad! respondió yo. Se me habia olvidado pedirle á usted noticias acerca de aquellos acontecimientos.

—Al pasar por el Claustro Grande, ha podido usted ver el balcon del aposento en que vivió el Rey de Francia. No le he llevado á usted á él, porque no se puede entrar sin licencia del Prior.

—Dígame usted. ¿Y cómo fue que los españoles trajeron su prisionero á la Cartuja, en vez de llevarlo á la Fortaleza de Pavia?

—Porque lo pidió él mismo, tomando á mengua el entrar preso en una ciudad que no habia podido rendir en año y medio. Venia levemente herido, cubierto de sangre y rendido de cansancio; pero resignado y hasta afable. Al entrar en esa Iglesia, rodeado de su córte, prisionera como él, los religiosos, que cantaban visperas en el Coro (indiferentes á lo ocurrido á las puertas mismas del Monasterio), entonaban precisamente el psalmo 118, que dice: *Bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas...*—(Es un bien para mí que me hayas humillado, para que aprenda á conocer tus juicios.)—Y es fama que el Rey cayó de rodillas y unió su voz á la de los monjes, cantando en voz alta y con un fervor indecible aquellas palabras tan consoladoras y tan acordes con su situacion.

A la verdad, yo no sé qué fué mas bello en esta escena: si la calma solemne con que los cartujos siguieron aquel dia los preceptos de su regla, sin prestar atencion al estruendo de la Batalla ni á la suerte de los imperios, ó la magnánima resignacion del Rey vencido, que interpretó tan piadosamente su desgracia, y escribió luégo á su madre aquellas palabras célebres:—*Madame, tout est perdu, fors l' honneur.*

Mientras yo pensaba así, el sacristan me ha sacado de la Iglesia para

conducirme á este punto del Parque, donde me ha dejado solo, despues de decirme con la mayor finura:

—Le he traído á usted al lado de esta pobre casa, que se llama por más señas *la Repentita*, porque aquí fue precisamente donde el Rey Francisco se vió obligado á rendirse.—Allí tiene usted el coche.—Felicidad y buen viaje.

Y aquí me teneis hace dos horas procurando rehacer en mi imaginacion el cuadro que presentaria este Parque el viernes 24 de febrero de 1525.—Y veo luchar como en una justa, cuerpo á cuerpo y brazo brazo, á tantos ilustres capitanes y valerosos príncipes vestidos de hierro, terciopelo y oro... Veo al Marqués de Pescara, caballero en su viejo y querido *Mantuano*, que murió aquí, sembrar el terror y la desolacion al frente de los arcabuceros de Castilla... Veo á otro puñado de españoles arremeter contra la numerosa artillería francesa y apoderarse de los cañones, matar á los artilleros y desjarretar los caballos... Veo aparecer por la parte de Pavía las heroicas tropas que la guarnecen, capitaneadas, por Leyva, que va moribundo en una silla de manos. La caballería francesa, viéndose atacada por la espalda, huye y atropella á los suizos: estos se dispersan arrojando sus armas; y, *perdida la vergüenza*, dice la Historia, huyen tambien los franceses... Veo, en fin, al rey de Francia hacer prodigios de valor. Sus más ilustres capitanes, Tremoville, Bonivet y La Pallissade, han muerto ya á manos de nuestros arcabuceros. El lucha todavía, y vence y mata con su lanza irresistible á enemigos tan poderosos como el marqués de Santangel. Pero todo es ya inútil... Sus alemanes están deshechos... Su gente de armas riega la tierra con su sangre... Sólo le queda el recurso de la fuga, si no prefiere morir.—Así lo comprende el bravo monarca, y poniendo espuelas á su caballo, se dirige hácia el Tesino.

«Iba casi solo (dice el soldado Juan de Oznayo, más adelante fraile de Santo Domingo) cuando un arcabucero le mató el caballo, é yéndose á caer con él, llegó un hombre darmas de la compañía de don Ugo de Moncada, llamado Joanes, vizcaino, é viéndole tan señalado, va sobre él cuando el caballo caia, y poniéndole el estoque al costado, díjole que se rindiese. Y viéndose en peligro de muerte, dijo: «A vida, que yo soy el Rey.» Y el vizcaino lo entendió, é diciéndole otra vez que se rindiese, dijo: «Yo me rindo al emperador.» Como esto dijo, vió el vizcaino luego allí á Cuenca, alfez de su compañía, que le tenian cercado de franceses, y en peligro, porque le querian quitar el estandarte, y el vizcaino, como buen soldado, por honrrar su bandera, sin tener acuerdo de pedir gage ó señal de rendido al Rey, le dijo: «Si vos sois el Rey de Francia, hacedme una merced,» y él le dijo que se la otorgaba: entonces el vizcaino alzó la vista del almete, y le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes de la parte de arriba, é le dijo: «En esto me conoceréis;» é dejándole en tierra, é la una pierna debajo del caballo, fué á socorrer á su alfez, é hizolo tan bien que con su llegada dejó el alfez de ir á

manos de franceses; é luego volvió á donde habia dejado al Rey, y estaba con él otro hombre de armas de Granada llamado Diego de Avila, y como viese en tierra al Rey y con tales atavios, fué á él que se le rindiese, y el Rey le dijo quién era, é que ya estaba rendido al emperador, y preguntándole si habia dado gage, dijo que no, y Diego de Avila se lo pidió, y el Rey le dió el estoque que traia bien sangriento y una manopla: é apeándose Diego de Avila trabajaba de le sacar de debajo del caballo. Estando en esto llegó allí otro hombre de armas, gallego de nacion, llamado Pita, el cual ayudó á levantar al rey, y le tomó la insignia de San Miguel que la traia al cuello en una cadena de oro. El rey le ofreció por ella 6,000 ducados; mas no los quiso, sino traerla al emperador. Estando ya el Rey en pie, acudimos allí algunos soldados é arcabuceros, los cuales, no conociéndole, quisieron matarle, no dando crédito á los que le traian; y sin duda no le pudieran salvar la vida si no acudiera por allí Mosiur de la Mota, gran amigo de Borbon, que habia andado con él, y desmandándose hácia aquella parte, vió la contienda que allí tenian. Los que le querian matar alegaban lo que el Marqués habia mandado, no creyendo ser el Rey. Como entendió Mosiur de la Mota que la contienda era por no haber quien le conociese, pidió que se le dejasen ver; é llegado le conoció, é hincadas las rodillas le quiso besar las manos; y el Rey le conoció, é haciéndole levantar le dijo que le rogaba que hiciese como siempre habia hecho. Viendo esto los soldados, se certificaron ser aquel el Rey, y quitándole Diego de Avila el almete por limpiarse el Rey el sudor, se ensangrentó el rostro con sangre que en la una mano traia, é pensaron algunos que estaba herido; pero no fue asi. Luego llegamos algunos soldados, é unos le tomaban los penachos é bandereta que en el yelmo traia, é otros le cortaron pedazos del sayo que traia sobre las armas, para memoria: cada uno como podía llevaba su pedazo, de suerte que en breve espacio no le dejaron nada del sayo. A todo esto siempre se mostró magnánimo, mostrando holgar de todo, y los soldados le daban materia para que riese, diciéndole cosas donosas. En esto, el escuadron de gente de armas, é los esguizaros que con Mosiur de Lango (1) cuñado del Rey, habian rompido nuestra gente italiana, por poco que se quisieron detener á descansar é reposar del mucho trabajo y daño rescebido, como tan presto conocieron la perdicion é desbarato de su gente é ejército, recogiendo la gente que hácia aquella parte huía, tomaron el camino de una buena villa, 18 millas de Pavía (2), donde muchos señores de los franceses tenian su recámara é estaba bien guardada. La otra gente comenzó á huir por diversas parte: algunos pudieron llegar á la puente que Guevara guardaba, é recogidos los mas que pudo, viendo ya venir la gente española que iba en el alcance, cortó la puente é fuese con aquella gente en salvo, la vía de Turin, y de allí pasaron en Francia. Otros muchos

(1) Era el Alezon.

(2) Sandoval, hablando de esto dice que tomaron el camino de Vigenven que es una buena villa, 18 millas de Pavía.

que no pudieron tomar el camino de la puente se lanzaron en el río, é como venia grande, se ahogaron. Entre estos fué el escudron de los esguizaros é frontopinis (1), que salian de la batalla, y tomando la via del río, no bastaban voces de españoles que tras ellos iban, prometiéndoles buena guerra é asegurándoles las vidas, porque no pereziese tanta multitud. Finalmente, con el gran temor que llevaban se lanzaron los mas en el río, y todos se ahogaron, que fueron mas de 6,000 hombres; y otros temblando se venian á poner en manos de los españoles, asidos á los estribos, y asidos unos á otros. Asi venian con cada uno cuarenta ó cincuenta rendidos, é con algunos mas de setenta, todos con lágrimas pidiendo misericordia, que era compasion. Los españoles los aseguraban é prometian hacerlo bien con ellos, como cierto lo hicieron. A esta sazón un buen soldado español de caballo, llamado Cristóval Cortesía, se topó con el Príncipe de Navarra, é se procuraba poner en salvo: el español, saliéndole al encuentro, hobieron su batalla, é el príncipe quedó rendido é preso prometiéndole 20,000 ducados por la vida. Alguna otra gente huyó la via de Milan, de los cuales muchos fueron muertos por el villanaje que andaba en cuadrillas de toda la comarca; como lo han de costumbre de perseguir al vencido, y era cosa maravillosa que las propias mujeres de estos se habian juntado allí, é con la batalla andaban despajando los que caian... (2)

Hasta aquí el soldado de entonces: lo demás me lo ha contado el sacristan de ahora.

Prosiguen mis apuntes:

..... Recordando todas estas cosas, espero á que mi reloj marque las doce; salgo del Parque; despierto al cochero; subo al cabriolé, y seguimos adelante hácia *Milan*.

Hace calor. El último sol de octubre se despide de la tierra, enviándole todo el fuego, todo el amor, toda la vida que aún pueden derramar sus rayos...—La naturaleza, próxima ya á la muerte, y presintiéndola quizás, está sumergida en una somnolencia estática, semejante á la felicidad melancólica que experimenta una hermosa y enamorada tísica el último día que se levanta... ¡el último día que ve la luz y el cielo, sentada cerca de un balcon, en frente de un jardín que principia á perder sus hojas!...

Duerme sosegado el aire... Zumban aún algunos insectos sobre las flores postrimeras del otoño... Los pájaros se disponen á abandonar los árboles en que han pasado tantos meses de amor y de ventura... El agua devuelve al cielo su plácida sonrisa...—El cochero, poseido, como toda

(1) Sardoval dice *Frantopines*.

(2) Relacion de la Batalla de Pavia, escrita por el soldado Juan de Oznyo, páje de lanza de Marqués del Vasto, encontrada en un Códice de la Biblioteca del Escorial y publicada en la *Coleccion de Documentos inéditos para la Historia de España*.

la creacion, del misterioso encanto de esta hora, ha vuelto á dormirse sobre el pescante...—Los mismos caballos tro tan jubilosa y acompasadamente, sin que nadie los fustigue, cual si fuese en ellos voluntario (y hasta les causase cierto placer) el pasear por estos campos en un dia como el de hoy...— ¡Inolvidables momentos!

La llanura se pierde de vista por todos lados, sin que se descubra en ella alma viviente; ni un pastor, ni un viajero, ni un campesino... ¡Nadie!—Y como el cochero duerme, y los caballos parecen dos máquinas, y hay tanta quietud en cielo y tierra, y todo se diria sumergido en un parasismo magnético, mi soledad es absoluta, mi aislamiento completo y mi constante meditacion la única conciencia de la vida universal.

A veces creo que viajo por el aire. El coche, los caballos y el cochero parecen hechos de una sola pieza de materia inerte, impelida por un poder fantástico.

El camino sigue leguas y leguas entre dos solitarias filas de árboles..., y, paralelamente con él, dilátase á la izquierda el Canal de que que ya hemos hablado, cuyas aguas ponen en comunicacion al Pó y á Pavía con Milan y con los Lagos Mayor y de Como.—Este canal es la antigua grande arteria del comercio lombardo.

Allá, muy lejos, descubro los Alpes, mudos testigos, vigilantes eternos, que nunca dejan de ver, por mucho que se aparte de ellos, al que recorre los extensos territorios de la Alta Italia.

Peró ¿qué otra *montaña* es aquella que distingo á seis ó siete leguas de distancia, sola en mitad de la llanura, y en cuya masa cuadrada reverbera á veces la luz del sol como en un colosal espejo?...

Yo no os perdonaria que no hubiéseis leído la mejor novela que ha visto la luz pública despues de nuestro QUIJOTE. Yo quiero creer que todos conoceis la obra inmortal de Manzoni, I PROMESI SPOSI, á cuyo lado palidecen las mágicas resurrecciones de Walter-Scott, y dejan de ser tan singulares y milagrosos los estudios de Balzac ..—Pues si habeis leído ese libro, recordareis que el pobre *Renzo*, el noble y sencillo amante de *Lucia*, el héroe por fuerza de aquella célebre asonada (que se deja muy atrás la descrita por Victor-Hugo en *Notre Dame de Paris*), hizo un viaje de Monza á *Milan*, en donde nunca habia estado ni conocia á nadie; y que, al llegar á cierto punto de esta misma llanura, aunque por otro lado de ella, vió á lo lejos *quella gran macchina del duomo*, que se elevaba sola sobre el llano, como si en vez de surgir de en medio de una ciudad, se levantase en un desierto; y recordareis tambien que el jóven campesino, olvidando todas sus penas, se *empinó sobre la punta de los pies*... (¡oh Manzoni!) *para ver mejor*, aunque á tal distancia, aquella octava maravilla de que tanto habia oido hablar desde muchacho!

Ahora bien: lo que yo estoy mirando es lo mismo que vió Renzo hace doscientos cincuenta años: ¡es la *gran macchina del duomo*; es la *catedral de Milan*!

Tambien yo he oido hablar de ella desde niño: tambien la ví en mis



primeros años en aquellas *catalinetas* que hoy se llaman *cosmoramas*; tambien me he puesto de pie en el coche, como si de este modo hubiera de ver mejor lo que pasa en este país por octava maravilla, como entre nosotros el Escorial; tambien me asombra á mí aquel enorme edificio, que brota de la llanura como se destaca una isla sobre la superficie de Océano...

.....

A mitad de camino pasamos por *Binasco*, donde el cochero despierta, y cambia de caballos, en tanto que yo veo el antiguo Castillo (restaurado últimamente) en que Felipe María Visconti dió tormento y decapitó á su mujer, la bella y virtuosa *Beatrice di Tenda*, por celos infundados, ó por ferocidad natural de aquel hijo y nieto de asesinos.

Y no digo más acerca de este asunto; pues supongo que lo habeis sentido y llorado con toda el alma al dulce son de las melodías de Bellini. — ¡Solo os advertiré (pues esto no consta en la ópera) que si Felipe María Visconti mató á su mujer, su hermano, Juan María Visconti, mató á su madre!!... — ¿Qué os parecen los hijos de *Galeazzo*, del fundador de la Catedral de Milan y de la Cartuja de Pavía?

.....

Estamos otra vez en marcha ..

El cochero canta para no dormirse; y canta una balada tirolesa, tan expresiva y tierna como toda la música de montaña...

Los caballos de este tiro son más fogosos que los del anterior...

En el camino se empieza á ver alguna gente. — Primero nos alcanza el correo de Pavía: despues se cruzan con nosotros varias sillas de posta...

Todo, todo ha cambiado en el viaje... — Ya no es solamente *il Doumo* lo que se descubre de *Milan*, sino una multitud de torres, cúpulas y campanarios... — Un vientecillo fresco y aromoso menea mansamente los altos árboles que se cruzan á veces sobre la carretera. — Del canal que siempre nos acompaña se desprenden mil ramales que esparcen el riego por toda la llanura... — Demos un adiós á la soledad y á la tristeza.

Ya principian las casas de campo, ó sea las *avanzadas* de Milan... — El suelo es cada vez más fértil — Los olivares y los bosques de morales y moreras se pierden de vista por todos lados. — La Capital, que se divisaba desde tan lejos, no se distingue ahora que la tenemos tan cerca...; pero, en cambio, se oye su vago y continuo murmullo...

Estas casas y estos huertos que vemos á los lados del camino constituyen ya un barrio de *Milan*. — Hé aquí la Muralla. — Hé aquí la Puerta... (*Porta Ticinese*). — Pasamos la verja de hierro que sirve de entrada; — luego, bajo un arco de triunfo, sustentado por cuatro columnas de granito; — despues, sobre un gran canal..., y ¡esto es hecho! estoy en la capital de la Lombardia... : estoy en *Milan*!

Son las cuatro de la tarde.

## II.

UN PASEO POR LAS CALLES DE MILAN.—ESTÉTICA RECREATIVA.—PRIMERA VISITA Á LA CATEDRAL.—GUILLERMO TELL EN EL TEATRO REAL DE LA SCALA.—RECUERDOS HISTÓRICOS.

—¿A qué hotel vamos, señor? me pregunta el cochero, parándose en la confluencia de tres calles.

—Al que esté mas cerca de la *Catedral*, con tal de que sea bueno.

—Entonces iremos al *Hotel de la Ville*, que se halla situado á pocos pasos del *Duomo* y en la mejor calle de Milan; en el *Corso Francesco*...

—Vamos andando; pero no muy deprisa.

El coche toma por la calle de en medio.

El primer aspecto de *Milan*, al menos por este lado, recuerda en cierto modo á Sevilla.—Las casas son grandes, y entre una y otra se ven á veces magníficos jardines. Las calles, limpias, bien empedradas, pero estrechas y torcidas, buscan indecisamente un centro. La ciudad es completamente llana. Hermosas tiendas de comercio alternan con los amplios y vacíos portales de los palacios. A veces asoman corpulentos árboles por encima de las tapias de los huertos, y prestan sombra, olor y frescura á la calle contigua. El ornato y color de las fachadas son por lo general alegres y graciosos. No hay, en fin, rincón ni esplanada, calle ni plazuela, donde no se encuentren abundantes puestos de flores.

Pasamos sobre otro *Canal*, que marca el recinto de la ciudad antigua.—Aquí ya el movimiento y la vida de la población son extraordinarios. Miles de carruajes, muchos de ellos elegantísimos, discurren en todas direcciones. La gente *comm'il faut* se dirige á paseo en carretelas descubiertas, en lindas *victorias*, en *americanas* y en otros vehículos á la moda. Los coches de alquiler conducen á hombres de atareados. Los ómnibus llevan de una parte á otra falanges enteras de ciudadanos de todas clases.

Desde luego llama mi atención la singular hermosura de los milaneses de ambos sexos.—Yo he oído tachar á estas bellezas, sobre todo á las femeninas, de demasiado fuertes, de muy huesudas y pesadas, y reconozco que algo habrá de cierto en esto cuando se las contemple de cerca. Pero vistas así, á distancia, las hijas de *Milan* son lo que se llama en nuestra tierra muy buenas mozas.—Su noble estatura; sus amplias proporciones; su altiva cabeza; su despejado y tranquilo rostro, blanco, lleno y descolorido, en que se destacan briosamente las dobles trenzas de su pelo, negras y relucientes como sus ojos; su misma quietud, su misma pesantez marmorea, les dan un aire grandioso, monumental, estatuario, que si carece de la exquisita insinuación de la gracia, inspira en cambio un sentimiento muy parecido al culto, y no sé qué temeraria ambición, se-



EL CARDENAL ANTONELLI.



mejante á la que nos hace desear subir á la escelsa cumbre de los montes.

Porque no hay que olvidarlo: la mujer es la musa, la inspiradora, el modelo ideal de todas las artes, como el alma del hombre es la suma y clave de todas las ciencias.—Ya dijimos que en el entendimiento del hombre está condensada y oculta, inexplorada y latente la sabiduría infinita: pues, asimismo, en la belleza de la mujer reside la pauta misteriosa, la ley estética de todo lo que es y puede ser hermoso en la madre naturaleza y en las fantasmagorías del genio.—Hay, por consiguiente, *mujer-poesía*, *mujer-pintura*, *mujer-escultura*, *mujer-arquitectura* y *mujer-música*.—Y hasta hay *mujer-oficio*, *mujer-industria* y *mujer-comercio*.—Pero estas últimas son aberraciones monstruosas, como las culti-latini-parlas, las Amazonas, las vestales y las feas.

En cuanto á las primeras que he citado (y permitidme la digresión); en cuanto á los cinco tipos eternos de las artes, ya comprendereis que no deben confundirse entre sí.—Las cinco pueden ser bellas y no parecerse en nada. Digo más: alguna puede no ser hermosa, é inspirar, sin embargo, vehementísimas pasiones.

La *mujer-música*, por ejemplo, puede llegar á ser una divinidad, aunque esté desposeída de hermosura física, esto es, aunque tenga las facciones irregulares, con tal que no sea antipática al estómago, á la conciencia ni á los sentidos. (Y no llamó *mujer-música* á la mujer que canta, sino á aquella que produce en nuestra imaginación los mismos efectos que el canto, y que por consiguiente lo inspira.) La *mujer-música*, para ser un prodigio, sólo necesita que su alma se filtre al través de su cuerpo; que sus ojos besen; que sus manos hablen entre las vuestras; que, al tiempo de andar, las leves ondulaciones de su talle revelen la exquisita naturaleza de sus más recónditos pensamientos; que sus ademanes, su voz, su calor, su hálito, su perfume, sus gustos, sus instintos, sus aficiones de todo género den por resultado un conjunto armónico de elegancia, de delicadeza, de gracia, de pasión, de refinada sensibilidad, de no sé qué *espiritualismo voluptuoso*, que parezca el celaje intermedio que separa ó une los cuerpos y las almas.

La *mujer-poesía* no tiene tampoco precisión de ser hermosa. Basta con que recuerde y represente algo bello. La fealdad y la belleza no son antitéticas. Fea es una tempestad; fea es una tigre; feos son los verdugos del *San Bartolomé* de Rivera; y sin embargo, todo esto es bellísimo. Yo considero, pues, *mujer-poesía* á aquella que corresponde á un sentimiento poético: v. g. la de anticuada figura, que se diría sacada de una hornacina gótica;—la tétrica y sombría, que parece una lady Macbeth;—una tísica en segundo grado, cuyos ojos reflejan ya la eternidad;—una campesina fresca y arrebolada como un albaricoque criado al sol;—una gitana de color de cobre, flexible como las mimbres con que fabrica sus cestas y que recuerda la vida nómada de Asia y Africa;—una americana de ra, jeroz-

de aplanada cabeza, torva mirada, amenazante boca y desenvueltos hombros, que traiga á la imaginacion la historias primitivas, las tragedias salvajes y los amóres de las fieras,—y otras muchas mujeres por el mismo estilo, cuyo principal encanto ha de ser siempre la singularidad dramática.

La *mujer-pintura* es aquella en que adoramos la suavidad de su tez, las penumbras de la garganta, las medias tintas de las ojeras, el carmin de los frescos labios, el amoroso vapor en que nadan los lindos dientes, la sombra de los párpados sobre las mejillas, la plácida lumbre de los ojos, el rico tono de la carne, los suaves hoyos de la risa, el lánguido ondear del pelo, los dintornos del talle, puestos de relieve por los siete colores de la luz, y sus puros contornos, dibujados por los tres lápices de las tinieblas; la tersura, la diafanidad, el color, el claroscuro, la mirada, la sonrisa, la noble regularidad de las facciones...; pero no el alma y la gracia como en la *mujer-música*; no la originalidad y el misterio como en la *mujer-poesía*; no todavía el dibujo, ni las proporciones, ni la economía general, como en la *mujer-escultura*, de que hablaremos despues.—La *mujer-pintura* es la que generalmente se llama *una mujer bonita*.

*Mujer-arquitectura* es la que no puede considerarse sino en determinadas circunstancias, en cierta hora, en tal ó cual sitio, rodeada de tales ó cuales atributos. Como este arte es complejo, y por decirlo así, compuesto, la mujer que lo simboliza se representa siempre combinada con otras muchas cosas que no son ella. La *mujer-arquitectura* ha de estar, por lo tanto, peinada de este ó aquel modo, vestida de una manera dada, de pie sobre un trono, recostada en una barca á la luz de la luna, leyendo debajo de los árboles, bailando, corriendo la posta, galopando en un brioso troton, asomada á una ventana, etc., etc. Para esta mujer se inventaron los miriñaques, los vestidos de cola, las diademas, los revoques y afeites, los velos, los carruajes de doble suspension, los paleos de los teatros, las plumas, las joyas, y los lacayos elegantes.—En resúmen: estas mujeres sólo son bellas dentro de una posicion accidental, ó sea como *composicion*.

Viniendo ahora á la *mujer-escultura*, que es la que estamos viendo, os diré que es aquella de correctas formas, justas proporciones, clásicas líneas y equilibrados miembros, que, con espresion ó sin ella, insulsa ó agraciada, ingeniosa ó estúpida, simpática ó repulsiva, despierta en nuestro corazon aquel amor innato á la belleza humana que tantas veces se convirtió en idolatría, y una instintiva adoracion al inmutable tipo de la forma, ideal artístico de los griegos;—Elena inmortal, tan infiel como querida, tan hermosa como ingrata...

Decíamos, pues, que las milanesas parecen nobilísimas esculturas.

En cuanto á los milaneses..., que los analicen las escritoras.

Yo repetiré solamente que son tambien muy buenos mozos..., y continúo.

*Milan* es hoy un pueblo alegre, ruidoso, voceador, entusiasta.

Y digo *hoy*, porque *ayer* no era lo mismo... ¡Ayer gemía bajo la dominación austriaca, y los viajeros que iban estos últimos años de *Milan* al Piamonte nos hablaban de la tristeza, del marasmo, del lúgubre silencio que reinaban en toda la Lombardia, como hoy se habla en la Lombardia de la tétrica desesperación y amargo desaliento en que yace la misera *Venecia!*

Figuraos, pues, el júbilo, el vértigo, el ánsia de vida y de placer que agitarán ahora á *Milan*, despues de tantos años de servidumbre.—La bandera tricolor italiana ondea, no sólo en los edificios públicos, sino en muchas casas particulares. Las esquinas se hallan totalmente cubiertas de anuncios de libros, de espectáculos y de ceremonias referentes á la resurrección de la Lombardia, á su independendencia, á su libertad. Los retratos de Garibaldi, Víctor Manuel, Napoleon y Cavour se encuentran en todas partes. La Milicia Nacional (de rigoroso uniforme) recorre calles y plazas, respirando á grandes tragos el aire de la libertad y midiendo con marciales pasos el alborozado suelo de la nueva Italia. Los organillos tocan, entre otros, aquel vehemente himno, cuya letra dice:

¡Que muera Radetzky!...

himno prohibido durante once años, bajo pena de la vida; ó aquel otro, compuesto el año pasado, cuyas primeras palabras son, si mal no recuerdo:

*Ewiva l'Italia  
é Napoleone...*

Los últimos resplandores del sol, hiriendo horizontalmente las fachadas de algunas casas, reverberando en las vidrieras de los balcones y haciendo bullir como un dorado humo el polvo de las calles, presta su alborozada luz á la gozosa muchedumbre..., en tanto que la lengua italiana deja sentir sus melódicos acentos en gritos y cánticos, en los pregones de los vendedores y en los fugaces diálogos de los transeuntes...

.....  
Al doblar una esquina, leo en un cartel: TEATRO DE LA SCALA... *Oggi mercoledì... GUILLERMO TELL...*

¡Oh fortuna! ¡Esta noche se canta *Gnillermo Tell*... la obra maestra de Rossini! ¡Y en el *Teatro de la Scala!*—No faltaré, á fé mia.

Asi andamos todavía un cuarto de hora.—El cochero se ve muy apurado para abrir camino al cabriolé entre tantos carruajes como se cruzan en todas direcciones.

Al fin desembocamos en una Plaza irregular... Levanto la vista... Y ¡qué es lo que veo?

—¡Para! ¡Para! le grito al conductor.

Este detiene los caballos, y señalando á lo que tanto me habia sorprendido, dice, quitándose el sombrero:

—¡*Ecco il Duomo!*

El aviso llega tarde.—Yo he reconocido ya á la *Catedral*.—¿Qué otra cosa puede ser esta montaña de mármol que se eleva en medio de la plaza?

Pocos edificios, acaso nin guno, producirá en el ánimo del que lo mira por primera vez, una admiracion tan súbita, tan espontánea, tan decidida como la catedral de Milan. Aun para el hombre más rudo, más lego en artes, más indiferente y frio, verla y entusiasmarse serán una misma cosa. Y es que hay en este monumento (aparte de su mérito artístico, y quizás sobre él) no sé qué hermosura física, material, externa..., al alcance del gusto menos cultivado.

Semejante circunstancia, tratándose de obras de arte, no es una recomendacion, sino, por el contrario, es casi siempre un síntoma funesto.—El vulgo se paga más de lo raro que de lo bello, de lo abigarrado que de lo puro, de lo difícil y laborioso que de lo noble y sencillo. La plebe, que se detiene extasiada delante del churrigueresco *trasparente* de la Catedral de Toledo, del enorme *San Cristóbal* pintado en sus muros, de la *Fachada del Hospicio de Madrid*, de los *Santos de Novara* y de otras aberraciones por el mismo estilo, pasaria indiferente por delante del Parthenon; ve sin asombro el *Jacob* de Rivera, y no encuentra bello, sino grotesco y ridículo, un bajo-relieve del siglo XII.—Sin embargo, hay creaciones privilegiadas, que son á un mismo tiempo sublimes y populares, y cuya hermosura afecta de igual manera al perito que al profano.—Tales son, por ejemplo, el *Palacio Arabe* de Granada, el *San Antonio* de Murillo, el grupo de *Lacoonte*, el *Don Quijote de la Mancha*, y el *Barbero de Sevilla* de Rossini.

Pues esto precisamente acontece con la *Catedral de Milan*.—Y vais á comprenderlo.

La *Catedral de Milan* es el mayor edificio de mármol blanco que hoy existe, y está construida en estilo gótico.—El gótico, que da un aire místico, ascético, solemne y pavoroso, á pesar de su ligereza, á la piedra amarilla ó parda, renegrada por el tiempo, es risueño, gozoso, angelical, triunfante, cuando labra el mármol blanco.—Por otra parte, el gótico (ya lo hemos indicado una vez) modificó sus líneas al pasar los Alpes; se dilató, por decirlo así, al ardiente sol de Italia; reflejó algo de las artes paganas que le salieron aquí al encuentro; y ensanchó sus ojivas, aclaró sus naves, modeló más profanamente sus columnas, y albergó en sus capillas y contuvo en sus bóvedas el luminoso y perfumado ambiente del Mediodía.—Semejante trasformacion (que yo no celebro; pues despojó al estilo gótico de lo más esencial de su carácter) dió origen á una arquitectura de transicion, decadente, desvirtuada, híbrida en ocasiones (las ventanas y las puertas de la fachada del *Duomo* son greco-romanas); pero arquitectura reveladora, expresiva, acomodada al tiempo y al lugar en que se produjo, y no exenta de gracia, de sublimidad y de poesía.



Ahora bien: la *Catedral de Milan*, blanca como una paloma; vaga y aérea como todos los edificios góticos; alegre y brillante como un templo gentil; bañada en la fulgente luz del cielo italiano; bordada, cual velo de encaje, de vistosos casetones cuajados de estátuas, de elegantes doseletes, de preciosas molduras y de finas archivoltas; coronada de cien esbeltas agujas, que se levantan al cielo como atrevidos cipreses; poblada toda de esculturas, que se escalonan desde la base de las pilastras hasta su altísimo remate, y que parecen representar las gerarquías celestes, es, para decirlo en una sola frase, *más hermosa como idolo que perfecta como simbolo*, y produce en todos los ánimos una grata y dulce emoción, un sentimiento blando y cariñoso, una plácida confianza, una devoción concreta, determinada, personal, no sé qué halagüeña simpatía, más semejante al amor que al misticismo.

Y esto se explica sin esfuerzo alguno.—Los italianos, que (cómo muchos españoles) ponen más fe en la Virgen que en Dios, hasta el extremo de haber algunos que jamás piensan en Dios y siempre tienen en sus labios el nombre de la *Madonna*; los italianos, que no han dejado nunca de ser un poco gentiles, y sienten y comprenden mejor en la religion cristiana todo lo que es hermosura, triunfo y esperanza, que lo que es rigor, penitencia, trabajo, miedo y sufrimiento: los italianos, que por naturaleza y por tradicion se complacen en adorar como bueno lo que es bello, aunque sólo lo sea plásticamente, no llegan en su fervor religioso á aquella austera y fúnebre compuncion que hace amables á otras almas entristecidas todos los tormentos del Calvario; que las lleva á pedir á Jesucristo parte en sus dolores, y que acaba por presentarles el mundo como una larga Calle de la Amargura.—Sus iglesias, por consiguiente, no son tampoco tristes y luctuosas como aquellas que todos conocemos, y que yo tanto amo, en que el espíritu fatigado de las vanidades y alegrías mundanas encuentra no sé qué santo terror, no sé qué paz mortuoria; tinieblas y soledad en las capillas; luz profética, reflejo de otro mundo, en las mortecinas lámparas; dolor mayor que el nuestro en las Imágenes del Crucificado, santidad y sosiego en todas partes...—La religiosidad y los templos de los italianos son, como la *Catedral de Milan*, festivos, gozosos, triunfales, idolátricos, semi-gentiles.

«*MARIE NASCENTI*» (á la Natividad de María) está dedicado *il Duomo*.—Y su riente aspecto, su blancura, su esplendidez, justifican la advocacion.—El estilo gótico ha perdido aquí su solemne tristeza. El sentimiento germánico se ha trocado en pasión latina. El sol de Italia ha desvanecido las eternas nieblas del Norte. La piedad se ha convertido en amor: el misterio en júbilo: la oración en himno.—La *Catedral de Milan* es, por tanto, la Casa de la Virgen: es un monumento de triunfo levantado en su honor: es la Virgen misma:—*Domus aurea*.

Pensando estas cosas y otras muchas he permanecido en la *Catedral* más de media hora, sin atreverme á examinar pormenores, de miedo de

pasar en ella el resto del día; pero sin resolverme tampoco á dejarla.....

Al fin decido esto último, considerando que todavía *no he llegado* verdaderamente á *Milan*; que *todavía estoy de viaje*; que el coche y el cochero que me aguardan á la puerta, son los que he sacado de Pavía, y que no entró anoche en el trato el que pasasen toda esta tarde á la puerta del *Duomo*, despues de una tan larga jornada...

Prométote, pues, á la Catedral volver antes de una hora, y me encamino al *Hotel de la Ville*, tomando por el *Corso Francesco*, que principia en la misma Plaza de la Catedral.

(Llámase *Corso* en este país toda calle que, arrancando del centro de una ciudad, llega hasta sus afueras.—Las calles secundarias llevan el nombre de *contrade*, y las de circunvalacion el de *strade*.)

El *Corso Francesco* es la arteria principal de Milan, y luego se dilata con los nombres de *Corso* y de *Borgo* (barrio) *di Porta Orientale*.—Es ancho y vistoso, aunque no recto, y sirve de punto de exhibicion á la alta sociedad lombarda, que se pasa la tarde andándolo y desandándolo *in carrozza*, y departiendo amigablemente con los que pasean á pie por las aceras.

.....  
El *Hotel de la Ville*, donde ya me encuentro, es inmenso y destartado, pero magnífico y lujoso.

El balcon de mi cuarto da al *Corso*, frente por frente de *San Carlos Borromeo*,—enorme Iglesia mal proporcionada; remedo servil, pero infortunado, como tantos otros, del *Pantheon* de Agripa; redonda, por consiguiente; coronada de una cúpula chata, y precedida de un exagerado pórtico de colosales columnas corintias de granito, en que se apoyan algunas casas viejas, acabando de afearlo y escarnecerlo...

En cambio, la vista del *Corso*, lleno de suntuosas tiendas, y cuajado de elegantes coches y de una copiosa multitud, es muy bella y animada en este instante.—Por supuesto, que damas y caballeros, tiendas y carruajes, edificios y cocheros, están adornados al estilo de París...

.....  
Desde el *Hotel* me vuelvo á la *Catedral*; pero al llegar á la plaza que lleva su nombre, reparo en otro gigantesco edificio, en que hace poco no fijé la atencion, preocupado como estaba con la fachada del *Duomo*.

—¿Qué palacio es aquel? pregunto á una viejecita que vende estampas, medallas y relicarios alusivos á San Carlos Borromeo, sentada delante de una mesilla, á las puertas de la Catedral.

—El *Palacio de la Corte*, me responde la interrogada,—no sin aconsejarme que le compre algo, como memoria de mi visita al *Duomo*.

Yo tomo el consejo; pero dejo para mañana la segunda visita á la Catedral, (pues no es cosa de ver de prisa y con poca luz aquello que se ha estado deseando durante un cuarto de siglo), y diríjome al *Palacio*, adivinando que en él habrá mucho menos que estudiar.

El *Palacio de la Corte* sólo es notable, como obra de arquitectura, por su extraordinaria magnitud.

Segun el conserje, fue construido á principios del siglo XIV por Azon Visconti, y contuvo muchos frescos de *Giotto*. Despues empezó á arruinarse y quedó deshabitado, hasta fines del siglo último, en que se reconstruyó casi totalmente. (Los Visconti, los Sforza y los Gobernadores españoles y franceses habian vivido entre tanto en el *Castello*, situado á la otra parte de la ciudad, y convertido hoy en Cuartel y Ciudadela.)—Por consiguiente, la gran importancia histórica del *Palacio* en que nos hallamos consiste en haber albergado á los Vireyes y Gobernadores-generales austriacos, cuando *Milan* era capital del Reino Lombardo-Veneto, ó sea hasta hace quince meses.—Este ha sido, pues, el centro del odio de los italianos al Austria. De aquí partian las medidas de rigor, los decretos tiránicos, las prisiones arbitrarias, las sentencias de muerte; y hácia aquí se dirigian las maldiciones, los juramentos de venganza, las conspiraciones continuas, las canciones patrióticas, los alborotos de los teatros, los conatos de regicidio...—Hoy no lo habita nadie; pero está amueblado y dispuesto para recibir á Victor Manuel, que pasará aquí el Carnaval...

Tiene este edificio otro aspecto interesante, y es el que se refiere á Napoleon I.—El moderno César se hizo coronar aquí rey de Italia.—El gran *Salon de las Cariátides*, que es precioso, se halla adornado con la *Apoteosis* del vencedor de Marengo, pintada al fresco por Appiani. Bonaparte está representado bajo la figura de Júpiter, apoyado en el Aguila.—En otro salon se ven dos admirables bustos del insigne conquistador, esculpidos por *Cánova*, por el inmortal *Cánova*, por el último descendiente de Fidias!—Estos dos bustos y el célebre grabado de *Calamata*, copia monumental de la mascarilla modelada sobre la faz exánime del prisionero de Santa Elena, son los mejores y más vivos trasuntos que han quedado de la hermosa, clásica y sublime cabeza del capitan del siglo.—De los dos bustos de *Cánova*, uno representa á Bonaparte, jóven, delgado, sentimental; al general de Italia; al héroe de las Pirámides; cuando más, al primer cónsul. El otro es ya el César; el legislador; el dueño de Europa; el caudillo de Jena; el diplomático de Tilsitt...

En otra habitacion me enseñan el lecho en que durmió Napoleon III despues de la batalla de Magenta.—Por cierto que, para recibirlo, hízose una pueril reforma en el *Palacio*, consistente en cortar una de sus dos cabezas á las águilas austriacas bordadas con oro sobre los tapices de tercioplo. Con esto y con añadirles algunas Cruces de Saboya, consiguieron los italianos que estas águilas pudiesen pasar por latinas.—Sugongo que ahora se apresurarán á suprimir tambien las tales cruces.

Pero son las seis y cuarto, y la mesa redonda del *Hotel* es á las seis y media.—Vámonos allá sin pérdida de tiempo.—El *teatro de la Scala* se abre á las ocho, y quiero oír la sinfonía.

Estamos á la mesa en el soberbio comedor del *Hotel de la Ville*.

Entre las veinte personas que comen al mismo tiempo que yo, no figura una mujer agradable; no tengo ni un amigo; no hay siquiera dos personas que se conozcan.—Reina, pues, un silencio sepulcral...

Yo me acuerdo de la *table d'hote* de Turin, de Iriarte, de las inglesas... Yo me acuerdo despues de España, de aquellas amables familias madrileñas que dan hospitalidad en su mesa á los hijos pródigos, librándolos así de la esquiva soledad de las fondas y casas de huéspedes, y pón-gome melancólico, y reniego de mi viaje, y créome el hombre más desventurado del mundo.

Pero pronto viene á consolarme la idea de que todos los que callan en torno mio se encontrarán en mi mismo caso.—A mi izquierda come un jóven *aleman*, y á mi derecha un jóven *inglés*.—Uno y otro llevan su nacionalidad impresa en la fisonomía.—En frente de mí hay un caballero que me mira tenazmente, y cuya patria no he podido adivinar. Yo lo miro tambien, pareciéndome haberlo visto en otra parte.—Será ilusion mia...

El *aleman* que tengo á la izquierda no habla una palabra de italiano, y me suplica que diga á un camarero no sé qué cosa.—Yo lo complazco, sin darme cuenta, al principio, del idioma en que me ha dirigido la súplica...

La mesa es muy larga, y más de la mitad se halla desierta, como un arenal, como una pampa, ó como el Valle de Chamounix cuando yo lo visité.

Al extremo de ella acaban de colocarse de pié tres fatídicos espectros armados de instrumentos músicos.

Son tres artistas callejeros, vestidos con una elegancia que da espanto...

Empiezan á tocar...—¡Hé aquí el terceto final de *Hernani*!—Pláceme la eleccion.

Ella...—porque hay una *ella* (y por cierto jóven y hermosa, aunque lúgubre como el hambre),—ella toca el violin. Un hombre de treinta años lleva la voz cantante en un clarinete. Un pobre viejo toca el violon...—el *violoncello*, quiero decir.—El resultado es admirable.—¡Infelices! ¡Tan artistas y pidiendo limosna.

De pronto asáltame el recuerdo, ó bien despiértaseme la conciencia de que acabo de oír hablar en español.—El eco de la palabra *usted* resuena en mis oídos... ¡Y ha sido el *aleman* quien la ha pronunciado!... ¡no tengo duda!

Interpélele sobre el particular, y resulta que el jóven habla el castellano como Cervantes.—Es hijo de Prusia; pero hace ocho años que vive en la América española, representando una casa de comercio y acreditado como cónsul de Dinamarca en la capital de una república del Sur.

La circunstancia de tener yo amigos muy queridos en aquella apartada region, y amigos que él tambien conoce, acaba de relacionarnos.

H. de V..., que así se llama el prusiano, ha venido á Europa á ver á

su familia, con la que ha pasado un mes. Despues ha recorrido la baja Italia. Ahora se dirige otra vez á su casa por Venecia y Viena; y el 4.º de diciembre debe embarcarse en Liverpool para el Nuevo Mundo, donde piensa permanecer aún otros ocho años.—¡Esto es viajar; no lo que yo voy haciendo! ¡Ese jóven sí que tiene motivos para ponerse melancólico á ratos!—Pero él es *aleman*.

Al levantarnos de la mesa es ya cosa convenida que haremos juntos el viaje de *Milan á Verona* (donde yo quiero detenerme un dia), y que luégo volveremos á vernos en *Venecia*...

Conque vamos al teatro.

Preguntando se va á Roma, y preguntando voy yo al *Teatro de la Scala*.

Al fin lo descubro en una plazoleta formada por la confluencia de seis calles.—La luz de la luna ilumina su alta y graciosa fachada. Muchos faroles de gas alumbran el vestíbulo. Lujosos carruajes acuden por todas partes, y de ellos descienden esas huecas, blancas, flotantes, fantásticas visiones, que representan á la dama principal del siglo XIX en toda su vaporosa magestad. Un enjambre de revendedores de localidades y de expendedores del programa de la funcion, del libreto de la ópera, del argumento del baile y de los periódicos de la noche, obstruye todas las puertas del coliseo. La milicia nacional monta la guardia.

Yo no veo todas estas cosas sin emocion. ¡Ha oido uno hablar tanto desde niño de este colosal templo de Euterpe! ¡Se han formado aquí tantas reputaciones! ¡Han *debutado* aquí tantos cantantes que despues alcanzaron renombre universal! ¡Se han estrenado aquí tantas obras maestras!—En este teatro presentó Donizetti las partituras manuscritas de *Anna Bolena*, *Lucrezia Borgia* y *Gemma di Vergi*, y esperó temblando, con aquel terror que sólo conocen los autores de obras líricas ó dramáticas, el fallo inapelable del público. Aquí se oyó por primera vez la música de Verdi (*Oberto di San Bonifazio*). Aquí aparecieron tambien *Ernani*, *I Due Foscari* y *Nabuco*. Aquí ensayaron y dirigieron sus principales obras Rossini y Bellini, y de aquí fueron llevados en triunfo á sus casas. Aquí, finalmente, recogieron larga cosecha de aplausos la Pasta, la Malibran, su hermana Paulina, Tamburini, Moriani, Rubini, Ronconi y tantos otros célebres cantantes!

Por lo demás, el *Teatro de la Scala* fué construido en 1778 por una sociedad particular, y debe el nombre que lleva á la circunstancia de haber sido edificado sobre las ruinas de la iglesia de *Santa Maria de la Scala*, erigida por una princesa de la familia de los *Scala* de Verona, casada por mas señas con Barnabo Visconti, duque de Milan, grande amigo de Petrarca y padre de aquel famoso *Galeazzo*, que tanto nos dió que pensar esta mañana en la Cartuja de Pavia.

Conque vamos adelante.—En el despacho de billetes compro por unos

treinta reales una llave de *sedia chiusa*, ó sea una butaca, y penetro en escoliseo...

Indudablemente es magnífico, de amplias y elegantes proporciones, más noble y desahogado que los de París y Turin, y el más espacioso de toda Europa. Cierta, sí, que sorprenden sus seis órdenes de palcos y su ornamentacion del mejor gusto; cierto que habria razon para admirarlo cuando tenia pocos rivales, y que, aún hoy, debe llamar la atencion de los franceses, cuyos teatros son tan incómodos y abigarrados; pero con todo, no es tan singular y extraordinario, tan monumental y grandioso como se lo promete la imaginacion del viajero.

En cuanto á mí, digo más.—Yo proclamo que la sala, los palcos, los pasillos y las butacas de nuestro *Teatro Real* de Madrid, esceden con mucho en suntuosidad, en holgura, en *confort*, en buen tono, á la sala, los palcos, las butacas y los pasillos del *Teatro de la Scala*.—El *Teatro Real*, con ser más pequeño que este; con tener solamente cuatro órdenes de palcos; con no poder albergar sino una mitad de los espectadores que caben aquí, ofrece tal lujo ó prodigalidad de espacio; aposenta al público tan cómodamente; respira tanta magestad y tanto decoro, que parece doble más espacioso de lo que es, cual si, á los ojos de la ilusion, *grandor* y *grandeza* fueran una misma cosa.

Añádase á esto que en el *Teatro de la Scala* no se ve ni por asomos aquella brillante y aristocrática sociedad que en el *Real* de Madrid ocupa siempre todos los palcos y butacas; aquel mundo elegante, rigurosamente vestido, que acude á la ópera como á una fiesta; aquellos dos mil guantes blancos (á dos guantes por persona) que se agitan en el aire en el momento del aplauso.—En el *Teatro de la Scala* está la gente como en la plaza pública; como antiguamente estaria en el teatro pagano, abierto á la luz del sol y al aire libre; con no sé qué abandono y confianza, que demuestran que el espectáculo escénico no es para los italianos una funcion solemne, sino el acto más ordinario y familiar de su vida. Así es que, exceptuando los palcos de platea y los *d'ordine nobile* (principales), en que se ven damas y caballeros *en grande tenue*, el público se halla vestido de cualquier modo, conserva el sombrero puesto durante la representacion (como en los antiguos anfiteatros), se agrupa de pié en el fondo de la sala, lo mismo que vimos en Turin; se embriaga con la música como nosotros con los toros, los franceses con el *cancan* y los ingleses con las carreras de caballos; y, al aplaudir frenéticamente,—cosa que hace con demasiada frecuencia,—denota que aplaude á un mismo tiempo á los cantantes, al compositor, al libretista, á sí propio, al idioma italiano y hasta á la Italia misma... ¡á la noble Italia, patria de la música; á la imperecedera Italia, señora ayer del mundo, y hermosa vestal hoy, encargada de mantener vivo el fuego inmortal del arte!

Con que héme en mi *sedia chiusa*, que ya es una *silla abierta*, y por cierto nada cómoda...

¡Qué casualidad! A mi derecha se halla sentado el caballero que ha comido en frente de mí en el hotel; aquel que me miraba fijamente y cuya patria no he podido adivinar.—Es hombre de unos cuarenta y cinco años, sério, condecorado con una cinta roja, y de elegante y distinguido porte.—Yo me afirmo cada vez más en que lo he visto antes de ahora; pero no recuerdo dónde, cómo ni cuándo.

Empieza la sinfonía; la sublime sinfonía de *Guillermo Tell*, oda inmortal que sirve de prólogo á un poema.

La orquesta es de primer orden, numerosa, bien proporcionada, magistral, y hállase soberanamente dirigida.

Córrese el telón.—El escenario es inmenso; las decoraciones exceden á todo elogio; los coros y los trajes son excelentes.

Únicamente los cantantes dejan mucho que desear...—Todos me son desconocidos..., hasta de nombre. La compañía no es de *primo cartello*, ni aun de *secondo*.

Está visto; hasta que llegue la pascua de Navidad, no conseguiré oír cantar bien en Italia.—Los grandes artistas se hallan ahora dando conciertos en Inglaterra, Alemania y Rusia.

Sin embargo, la pobre gente que profana este clásico escenario, desgarrará mis oídos y marchitará mis ilusiones, es mucho más soportable que la *Teatro Nacional* de Turin...

Por lo demás, el programa de la función lírica se compone tan solo de los dos primeros actos del *Guillermo*.—Después hay un baile de espectáculo.

El argumento de este baile es turco, la música francesa, y los pasos y pantomimas cosmopolitas.—En cuanto á las bailarinas, las hay verdaderamente hermosas...

¡Quién me lo dijera! ¡Me estoy aburriendo soberanamente en el *Teatro della Scala*!

Mi vecino y compañero de mesa se aburre también á lo que parece.

Con este motivo hablamos, primero en italiano y luego en francés; y él y yo nos convencemos de que ni el uno ni el otro idioma es el *nuestro*, y de que no somos tampoco ingleses ni alemanes.

—¡Usted es español! me dice de pronto mi vecino.

—Sí, señor: y usted también, le contesto yo en un castellano tan claro como el que él acaba de emplear.

—Me lo había figurado desde que lo ví á usted en la mesa...

—En cambio, yo creo haberlo visto á usted antes en otra parte...

—Yo soy el duque de U..., me contesta el condecorado.

(Como sabreis, el duque de U... es grande de España de primera clase).

—Pues si es usted el señor duque de U. (le replico), declaro que no lo he visto á usted nunca; pero conozco y trato á la señora duquesa de U., á sus hijos y á toda su familia: de modo que le he sacado á usted por la pinta.

—Yo falto de Madrid hace tiempo.—Y usted, ¿quién es?

—Yo soy, etc..., etc.

—¿Conocerá usted á Fulano?

—Sí..., mucho..., ¡Qué guapo es!

—¿Y qué se hizo de Mengano? ¿Sigue...

—¡Vaya si sigue!

—¡Hombre! ¿Y Zutano?

—¡Ah! ¡Zutano! Yo lo quiero mucho.—¿Y á Perengano? ¿lo conoce usted?

—¡Ya lo creo!—¿Qué bueno es Perengano!

—¿Y cómo anda *aquello*?

—¡Ah! España es esto y lo otro..., y lo demás de ella... ¡Pero no hay nada como España? Los italianos son así, y los franceses del otro modo, y los españoles..., ¡ah! ¡los españoles!

—¿Y viene usted por mucho tiempo á Italia?

—¿Y volverá usted pronto por aquella tierra?

—¿Y vió usted á mi familia antes de partir?

—¿Y vive usted en el *Hotel*?

—¿Y usted no conoce á Milan?

Etc., etc., etc...

—Pues, entonces... tomaremos té en el *Café del Comercio*, plaza de la Catedral, y nos iremos á casa... ¿Se parece á usted bien?

Es la una de la noche.

Paréceme que acabo de darme un baño de España.

¡Cuánto hemos charlado ese buen aristócrata y yo! ¡Qué modo de convenir en ideas! ¡Qué manera de elogiar á todos los ausentes! ¡Qué buenos han resultado cuantos hombres conocíamos los dos! ¡Qué embellecido por la distancia hemos visto á Madrid! ¡Qué gana teníamos ambos de hablar en español y como españoles!

—«¡Qué tontería es viajar! ¡No hay nada como España!» nos hemos repetido cien veces.—¡Y cuánto nos hemos divertido!...

Ahora estoy solo, en mi celda de viajero, completando mi larga historia de hoy y formando mi programa de mañana.

¿Qué será á estas horas del señor cura de Pavía?...

¡Pero, no retrocedas, ¡oh mente! ¡No te pares en esta cruel peregrinación, en que los sentidos, como otros tantos bárbaros, van asolando todas tus añejas ilusiones; van desvaneciendo todos los fantasmas del deseo; van reduciendo á prosáicas realidades tus sueños dorados de ver el Mont-Blanc, el Pó, la Cartuja, *il Duomo*, el *Teatro della Scala* y tantas otras cosas! ¡Sigamos adelante, á fin de que pronto la luz crepuscular del recuerdo preste una nueva poesía, mucho más bella que la de la esperanza, á estas fugaces y desabridas emociones!

¡Estoy en Milan!—Esto no significa hoy nada para mí, sino con referencia al ayer.—Si yo hubiera nacido en Milan, habría deseado conocer



á Andalucía.—Y cuando el año que viene esté en Andalucía, la memoria de mi residencia en *Milan* me llenará de encanto.—Ya lo he dicho: el hombre no ama nunca lo que *tiene*, sino lo que *desea* y lo que *pierde*.

¡Estoy en *Milan*!—Poseisionémonos bien de esta idea.—Analicemos lo que esto quiere decir.—Establezcamos cuál era la importancia que yo daba á *Milan* antes de penetrar por sus puertas.—Recordemos su historia; consultemos su plano, estudiemos su estadística.

*Milan* fue fundada por los Galos 587 años antes de la venida de Jesucristo, y despues de haber sido capital de los Insubres, formó parte del imperio romano y se vió eclipsada por Módena y Mantua.—Pocos siglos despues mereció ya ser considerada como la capital de la alta Italia, tanto que el emperador Maximiano residió en ella.—Aquí fue donde Constantino dió su famoso Edicto en favor de los cristianos, que cambió la faz del antiguo mundo.—Tomáronla despues los lombardos y la supeditaron á Pavia, donde establecieron su capital; pero cuando Carlo-Magno destruyó esta última ciudad, *Milan* volvió á ser la Metrópoli lombarda, categoría que no perdió ya nunca.—Más adelante, al principiar la lucha entre *Güelfos* y *Gibelinos*, ó sea entre los *Papas* y los *Emperadores*, ó por mejor decir, entre Italia y Alemania, *Milan* declaróse *güelfa*, emancipóse de la dominacion imperial y erigióse en república independiente.—Esta actitud heroica atrajo sobre ella la ira del emperador Federico I, que la destruyó en 1162, no dejando piedra sobre piedra.—De aquí nació la célebre *Liga Lombarda*, alianza guerrera formada entre *Milan* y otras Ciudades, que se habian propuesto tambien sacudir el yugo aleman.—Esta formidable Liga derrotó en *Legnano* al emperador Federico Barbarroja y obtuvo la ventajosa *Paz de Constanza*.—Entre tanto *Milan* habia vuelto á brotar de la llanura, más floreciente y poderosa que antes.—Cincuenta años despues, los emperadores de Alemania volvieron á probar fortuna; pero formóse la segunda *Liga Lombarda*, y la victoria militó de nuevo bajo sus banderas.—Entonces aconteció lo que acontece siempre en estos casos: la gloria reemplazó á la libertad. La guerra habia hecho célebres á algunos hombres, y estos hombres se prevalieron de su fama para convertirse en señores, trocando en obediencia el amor que inspiraban á sus conciudadanos.—El *César* de Milan fue un tal *Pagano della Torre*, oriundo de los Alpes, que habia ganado una gran popularidad curando heridos; popularidad que le valió ser proclamado Jefe de la República.—Una vez las cosas en este camino, se adivina el resto: el mérito se hizo hereditario: la gratitud popular á sus libertadores y el amor á la independencia se cifraron á una familia: los *della Torre* vincularon en su nombre el gobierno de *Milan*.—Despues de *Pagano* vino *Martin*, que dominó como *Podestá*.—A este siguió *Felipe*, que acabó con las franquicias republicanas y ejerció la dictadura; pero que, en cambio, dió mucha gloria á la República en los campos de batalla.—Muerto Felipe, asomó un sobrino suyo, llama-

do *Napoleon della Torre*, el cual arrojó ya la máscara; intitulóse *Señor de Milan*; oprimió al pueblo; reinó por el terror, y no reconoció como arzobispo de Milan á *Othon Visconti*, á pesar de estar nombrado por el Papa.—Pero este arzobispo era hombre que lo entendía, y en vez de andarse en disusiones escolásticas, montó á caballo; empuñó una espada; sublevó la Lombardia; derrotó en una batalla á *Napoleon della Torre*; hizole prisionero; entró en *Milan* triunfalmente; asumió la direccion y mando de lo temporal y lo eterno, y fue origen de aquella dinastía *Visconti*, que habia de reinar en el Milanesado cerca de dos siglos.—De la historia de esta familia ya hemos adelantado los principales rasgos. Todos sus señores y duques fueron tiranos, fratricidas, parricidas ó algo por el estilo, y pocos de ellos murieron de muerte natural. En cambio dieron muestras de amor á las letras y á las artes, y se les deben grandes monumentos.—A los *Visconti* sucedieron los *Sforza* en virtud del casamiento de la última heredera de aquella casa con un famoso caudillo.—Los *Sforza* fueron tambien déspotas, y casi todos ellos murieron asesinados, desterrados ó prisioneros.—A fines del siglo XV, Francia los arrojó del trono y se apoderó del Milanesado; pero Carlos V intervino en el asunto del modo que sabemos, y, habiendo vencido á los franceses en Pavía, repuso en su trono á Francisco Sforza.—Poco tiempo despues, y á la muerte de este duque, *Milan* formó parte de los Estados del Rey de España, en cuya situacion permaneció hasta principios del siglo pasado, que fue á poder del Austria, á consecuencia de la *Guerra de Sucesion*.—Lo demás, ya nos lo dijo el cura de Pavía. El Milanesado fue invadido por los ejércitos republicanos de Francia en 1796. El tratado de Campo-Formio lo hizo centro de la República Cisalpina. En 1805 formaba parte del reino de Italia, y Napoleon ceñia á su frente la *corona de hierro*. Los tratados de 1815 entregaron nuevamente á Milan al imperio de Austria, que la puso á la cabeza del reino Lombardo-Véneto, y desde entonces hasta nuestros dias sólo registra dos fechas notables: 1848 y 1859.—¡No puede darse más triste y azarosa historia!

*Milan*, con ser extensísima, sólo cuenta 200,000 habitantes.—Como hemos dicho, se halla situada en una fértil llanura, levemente inclinada de Norte á Mediodía.—A su izquierda corre un modesto rio—el *Oloná*—; pero el riego y la navegacion interior de la comarca se hacen por medio de magníficos canales que atraviesan la ciudad en varias direcciones.—*Milan* es una de las ciudades más ricas, cultas, y manufactureras del continente. Aparte de la sedería, que es acaso su principal industria, cuenta innumerables fábricas de lanería, platería, loza, espejos, instrumentos de matemáticas y astronomía, y de obras de bronce, marfil, alabastro, coral y otras materias.—Su campiña, muy semejante á la de Valencia, produce una cuantiosa cosecha de arroz.—El hierro, el mármol y el carbon de piedra constituyen la riqueza de sus montañas.—Los habitantes de la llanura hilan y tejen el algodón en sus casas, pudiendo decirse que cada hogar de campesino es una pequeña fábrica.—Por lo

demás, la Lombardía es la tierra más poblada, más feraz y mejor cultivada y regada de toda Europa.

Volviendo á la ciudad, diremos que encierra cuanto puede contribuir al lustre y la cultura de una capital importantísima, llevando ventaja á muchas, y entre otras á nuestro Madrid, en el número y esplendor de los grandes establecimientos destinados á consagrar y propagar los adelantos y conquistas del saber humano. Hay en Milan un *Palacio Real de Ciencias y Artes con Observatorio*, Academias especiales de *Escultura y Arquitectura*, otra general de *Artes y Ciencias*, otra de *Artes y Manufacturas*, varias *Galerías de cuadros y estatuas*, una magnífica Universidad, dos Liceos, dos Gimnasios, la famosa *Biblioteca Ambrosiana*, que comprende mas de 15,000 manuscritos; un Museo y Gabinete de Historia natural; treinta Hospicios y Hospitales; centenares de imprentas, que no dejan de producir libros importantes ó curiosos en varios idiomas; Círculos literarios, Casinos, Institutos y otros muchos centros de ilustración y de trabajo, que fuera prolijo nombrar.

Los progresos materiales del país corresponden á los intelectuales, y ceden en honor de la dominación austriaca. *Milan* se comunica por medio de ferro-carriles con el Lago de Como, esto es, con los Alpes; con Turin, y por consiguiente con el Mediterráneo; con Verona y Venecia, y por lo tanto con el Adriático, con Trieste, con Austria, Prusia, Bélgica, Francia, Suiza, Polonia y Rusia; y pronto se comunicará con Pavia y Piacenza, enlazándose de este modo á la Línea que corre por Parma, Módena y Boloña, y que iria muy luego á buscar á Ancona y la baja Italia, uniéndose á su paso á los caminos de hierro que cercan á Florencia. —Además de esto, cuenta con una inmejorable red de carreteras y de canales.

*Milan*, en fin, es una de las ciudades más importantes del mundo: por su representación histórica; por los Concilios que en ella se celebraron; por los varones eminentes que cuenta entre sus hijos (santos, guerreros, artistas, poetas, sabios, inventores); por sus grandes desventuras; por sus monumentos; por sus iglesias, cuya historia se enlaza íntimamente á la religión cristiana; por los dramas de que fue teatro; por las guerras á que dió lugar; por los hombres ilustres de todas las naciones que figuran en sus anales; por su hermosura; por su riqueza; y sobre todo (para mí, que soy español) por haber ondeado sobre sus muros durante doscientos años la bandera de Castilla...

Tal es la ciudad en que nos hallamos.

Acostémonos, pues, y hasta mañana, si Dios quiere.

## III.

LA CATEDRAL POR DENTRO Y DESDE LO ALTO DE SU PIRÁMIDE.—MUSEO DE PINTURAS.—EL ARCO DE LA PAZ.—UN ANFITEATRO ROMANO.—LA «CENA» DE LEONARDO DE VINCI.—IGLESIAS ANTIQUÍSIMAS.—LA VÍSPERA DE DIFUNTOS EN UN CEMENTERIO ITALIANO.—UN DRAMA PATRIÓTICO EN EL TEATRO DE «S. RADEGONDA.»

Milan 1.º de noviembre.

¡Qué día el de hoy! ¡Cuánto he visto! ¡Cuánto he andado! ¡Qué tropel de ideas nuevas en mi mente! ¡Cuán diversas emociones han agitado mi alma! ¡Qué extraña confusion de cosas pasadas y presentes, de sagrado y de profano, de júbilo y de pena, de entusiasmo y de fastidio!

Pero vamos por partes.

Esta mañana, no bien fue de día, tomé el camino de la *Catedral*, donde permaneci tres horas.

Como hoy ha sido día de *Todos los Santos*, el templo estaba lleno de fieles oyendo misa, y yo empecé tambien por oír una, aunque no con la devocion que debiera, pues me tuvieron constantemente distraido las *novedades* que eché de ver en la manera como celebraba el sacerdote el Santo Sacrificio. Consultando al fin mis recuerdos de aquellos años en que estudiaba Sagrada Teología, dime cuenta de que las alteraciones que estrañaba tenian su esplicacion en que *Milan* no está sujeto al Rito Romano, sino á otro peculiar de sus Iglesias, compuesto por San Ambrosio, obispo que fue de esta diócesis, y cuyo nombre lleva.—Tambien estrañé alguna cosa en el tono y la forma de *cantar Horas* en el Coro, y á esto me dijo un monaguillo que aquel era el *Canto ambrosiano*, que sólo se usa en la Lombardia.—Por lo demás quedé completamente edificado con la suma devocion de que daban muestras en el templo todas las clases de la sociedad.—El cura de Pavia tenia razon: los milaneses son muy religiosos.

Cumplido el Precepto, púseme bajo la direccion de un semi-sacristan, semi-*cicerone*, que me enseñó prolijamente todas las maravillas que encierra la catedral.—Este sacristan-*cicerone* (dicho sea por lo que valga), era calvo, y usaba dentro de la iglesia un enorme solideo; pero, cuando salimos del recinto sagrado para subir á la parte alta del edificio, púsose un képis de miliciano, que contrastaba grotescamente con sus medias negras y sus zapatos de hebilla.—Yo no podré esplicaros cómo, no siendo clérigo, se cubria la cabeza dentro de sagrado, ó cómo, siéndolo, era al mismo tiempo guardia-nacional... Pero la verdad es que eso vi; y pues que lo ví, lo cuento.—Sálvese el que pueda.

En cuanto á la *Catedral*, tampoco intentaré hoy describirla minuciosamente, ni creo que esto seria dado á la máshábil y experimentada plu-

ma.—Figuraos cinco naves góticas, sostenidas por cincuenta y dos gigantes columnas, de cuyos soberbios capiteles, bordados de esculturas, arrancan elegantes bóvedas ojivales. Figuraos bajo estas bóvedas un espacio de 148 metros de longitud por 57 de anchura y 64 de elevacion. Figuraos en los muros, en los pilares y en las capillas hasta 679 estatuas, y casetones y doseletes dispuestos para otras 158 que aún quedan por hacer... (En la parte exterior del *Duomo* hay cerca de 2,000 estatuas, y le faltan unas 600. Total de estatuas que tendrá con el tiempo, 3,400 y tantas.—En la *Catedral de Milan* se trabaja incesantemente hace mas de 500 años, y aún no está concluida. Los trabajos se han emprendido últimamente con grande actividad, y se cree que esta generacion verá terminado el colosal pensamiento de *Galeazzo Visconti*). Figuraos, detrás del Altar Mayor, tres inmensas ventanas, adornadas, como todas las del templo, con magníficos vidrios de colores; en el intrados de las bóvedas, pinturas que fingen adornos esculturales; en las capillas, algunos retablos de gran mérito por su antigüedad ó por su primor artístico; en otros parajes, magníficos sepulcros de Arzobispos y Cardenales; figuraos, digo, todo esto, con su riqueza, sus inmensas proporciones, su magestad y su hermosura, y formareis una vaga idea del conjunto de la insigne *Catedral*.

Descendiendo ahora á algunos pormenores, os diré las cosas que más llaman la atencion al recorrer aquellas naves.

Primeramente se repara en un *Pilon de pórfido*, donde se bautiza por *inmersión*, como prescribe el Rito ambrosiano.—Se dice que este Pilon pertenece á unas antiguas termas de no sé qué emperador de Roma.

Sobre la puerta principal de la Iglesia, y en su lado interior, hay un gran balcon sostenido por *dos columnas de granito*, de una sola pieza, cuya longitud es de siete metros, por un metro y veinte centímetros de diámetro. Estos dos trozos de piedra son los mayores que existen en Europa, al decir del *cicerone*.

No son menos notables los *Púlpitos* que rodean completamente los dos pilares próximos al Altar Mayor. Son de bronce dorado, y están sostenidos por grandes cariátides. En la parte alta se ven los cuatro Evangelistas y los cuatro Doctores de la fe.—Esta maravillosa obra se debe á los cardenales San Cárlos y Federico Borromeo.

La famosa Estátua que representa á *San Bartolomé desollado*, de que todos habreis oido hablar, es una obra de gran paciencia, que revela profundos conocimientos anatómicos; pero está muy lejos de ser una escultura interesante,—quiero decir, artística, en el sentido elevado de la palabra.

Mucho más bello me ha parecido un colosal *Candelabro* de siete brazos, del mejor estilo gótico, entre cuyas primorosas labores, que imitan follaje, se ven innumerables diminutas estatuas. Este candelabro se llama el *Arbol de la Virgen*.

Pero el gran prodigio de la Catedral; su mas importante obra y el centro de la piedad milanese, es la *Capilla Sulterránea* en que descansan

los restos mortales de *San Carlos Borromeo*. Esta Capilla está toda cubierta de bajo-relieves de plata. El sepulcro es del mismo metal y de cristal de roca, y deja ver el incorrupto cuerpo del Santo, vestido de pontifical. Diez y seis millones de reales se han gastado en adornar aquella sepultura, que es al mismo tiempo un santuario, y en que no se sabe qué admirar más, si el gusto artístico ó la fastuosa riqueza que brilla por todas partes.

En cuanto al antiguo y célebre *Tesoro* de la Catedral, tan saqueado por los innumerables conquistadores que han dominado este país, todavía ostenta algunos objetos de gran valor; entre ellos, dos *Estátuas de plata*, una del mismo San Carlos, de 100 libras de peso, y otra de San Ambrosio, de 125; una *Paz* de oro, mas preciosa aún por su trabajo que por la materia en que está cincelada, y un *Frontal* de plata maciza, también de mucho precio.

Finalmente, en el Abside se ve el Sepulcro de *Mariano Caraccioli*, famoso cardenal, que tuvo la gloria de coronar á Carlos V.—«*Qui primam Carolo V Imp. ad Aquasgraní coronam imposuit,*» dice una cláusula de su epitafio...

Después de haber estudiado detenidamente todo el templo, me disponía ya á marcharme, cuando el *cicerone* me dijo:

—Espérese usted; que todavía no ha visto la *Catedral de Milan*. Si quiere usted comprender de una sola ojeada toda la grandeza de este edificio, venga detrás de mí.

Y así diciendo, abrió una puerta que hay cerca de un soberbio Mausoleo, dibujado, según la tradición, por Miguel Angel y el cual encierra las cenizas de algunos *Médecis*.

Aquella puerta daba á una escalera de mármol.

Empezamos á subir... y hubo momentos en que me figuré que no íbamos á acabar nunca. ¡Aquella escalera tiene 486 gradas!

Cuando llegamos á lo alto, me encontré sobre la pirámide central del edificio, y ví á mis piés una inmensurable masa de mármol blanco; una montaña semejante á aquellas, cubiertas de nieve, que visité en Saboya; un bosque de caladas agujas y de estatuas colosales; un laberinto de escaleras, azoteas, esplanadas, arcos, puentes y pasadizos...—¡Era la *Catedral* á vista de pájaro!

En aquella *ciudad de piedra* hay una *poblacion...*, ó sea un *vecindario*, de piedra también. Sobre las 135 agujas que se levantan sobre los techos, álzase una multitud de Angeles y Santos, que, en actitudes diferentes, parecen pugnar por abandonar la tierra. En medio de las plazas embaldosadas se ven, al modo de monumentos, preciosas esculturas que no se distinguen desde parte alguna de *Milan*, y que parecen estar expuestas á la sola contemplación del cielo. Entre aquellas estatuas hay hasta de Miguel Angel: tales son un *Adán* y un *Cain niño*, no muy bellas por cierto, aunque siempre notables por el nombre de su ilustre autor.

La *Catedral de Milan* carece de una Torre ó campanario (*campanile*) digno de su magnificencia.—Tiene, sí, uno provisional, cuadrado, de pésimo gusto y rara arquitectura, que da albergue á las campanas; pero repito que es interino, y piénsase en derribarlo, sustituyéndolo con un *Campanile* gótico, adecuado al monumento de que será remate y coronacion.—Sin embargo, hasta ahora no se ha presentado ningun proyecto que merezca la aprobacion del Cabildo.

Como podreis suponer, desde lo alto del *Duomo* se goza una hermosísima vista.—Primeramente se descubre toda la Ciudad, calle por calle, plaza por plaza, iglesia por iglesia...—Mi mirada penetró, pues, en los jardines de los Palacios y hasta en algunas de sus habitaciones.—En las azoteas se veia mucha gente que descansaba ó trabajaba al sol.—Por lo tanto, las jóvenes que se creian solas... estaban acompañadas de mi espionaje, y los amantes que se hacian señas de un terrado á otro, me entregaban, sin saberlo, el secreto de sus almas.—En una parte divisé á una madre que peinaba á su hija; en otra á unos pequeñuelos que jugaban con sus padres; aquí al estudiante que repasaba su leccion; allí al que fumaba tranquilamente.—¡La catedral, como Dios, lo veia todo!

Más lejos se descubrían los campos, las aldeas, los canales, las quintas, las carreteras, los ferro-carriles, ocupando leguas y leguas...

—¿Ve usted aquella cosa blanca? (me decia el *cicerone*). Pues es la *Cartuja de Pavia*.—Aquel monte es la *Superga*.... Debajo está *Turin*...—Aquellas cimas azules son los *Apeninos*...—Aquella faja de niebla es el *Po*...—Hacia aquel lado cae *Magenta*...—Allí tiene usted á *Monza*...—Todas aquellas blancas montañas son los *Alpes*...—Aquel Pico último dista de aquí 40 leguas...—Desde ningun punto de Italia disfrutará usted una vista panorámica de los montes tan completa como desde aquí.—Desde aquí está usted viendo á un mismo tiempo el *Monte-Viso*, el *Mont-Cenis*, el *Mont-Blanc*, el *Gran San Bernardo*, el *Mont-Rosa*, el *Simplon*, el *Jungfrau*, el *Finsteraarhorn*, el *San Gothardo*, el *Sphügen*, el *Ortler*... ¡De la Francia al Tirol! ¡Cien leguas de cordillera! ¡Un horizonte sensible de trescientas leguas de circunferencia! ¡Tanto cielo como en los desiertos de Africa!

¡Era, en verdad, un panorama sublime!

Pero se pasaba el tiempo, y yo ardía en deseos de ver otras muchas cosas... y muy particularmente el *Palacio de las Ciencias y las Artes* y la celeberrima *Cena de Leonardo de Vinci*, obra maestra de pintura, que todos habreis visto reproducida en magníficos grabados y en cuya posesion fundan los milaneses un legítimo orgullo.—Estudié, pues, desde aquella altura mi itinerario, y bajé á la plaza del *Duomo*, desde donde tomé el camino que me habia trazado.

Algunos minutos despues entraba en el *Palacio de las Ciencias y las Artes*, llamado *BRERA*.

El palacio de *Brera* (antiguo convento, cuya licenciosa Comunidad

atentó á la vida de San Cárlos Borromeo cuando este insigne varon trató de corregirla, por lo que fue disuelta y severamente castigada) encierra, además de la *Galeria de Cuadros*, un Gimnasio, la Escuela de Bellas-Artes, el Observatorio, el Gabinete de Numismática, una gran Biblioteca con 200,000 volúmenes, y el Instituto de Ciencias, Artes y Letras.—Dicho se está, por tanto, que es un enorme edificio.

Entrase en él por un espacioso patio, en medio del cual se encuentra provisionalmente la *Estátua colosal de Napoleon*, esculpida por Cánova.—En la meseta de la escalera hay otra Estátua que representa al juriconsulto *Beccaria*, al ilustre impugnador de la pena de muerte.—En el piso principal se halla la *Pinacoteca*, ó sea el *Museo de Pinturas*,—que era lo que yo iba buscando.

Este no llega ni con mucho al nuestro de Madrid; pero encierra sin embargo muchos y muy buenos cuadros de maestros tan eminentes como Rubens, Tintoreto, Dominiquino, Palma il Vecchio, Guido Reni, Van-Dyck, Pablo el Verones, Giorgione y otros que citaré mas adelante.

En el vestíbulo admiré unos hermosísimos *frescos* de aquel *Luini* cuyo nombre oí pronunciar por la primera vez en la Cartuja de Pavía.

(Bernardino Luini, á quien se supone discípulo de Leonardo de Vinci, por lo mucho que se le asemeja en el estilo, es generalmente desconocido fuera de Italia. Esto se esplica fácilmente. Las obras de Luini no han viajado, por la sencilla razon de que casi todas son *frescos*, y su reputacion no viajó tampoco, porque tuvo la desgracia de nacer al mismo tiempo que aquellos colosos del arte llamados Rafael, Miguel Angel y Leonardo de Vinci. Solamente hoy ha empezado á hacerse justicia al exquisito gusto y suave delicadeza de su pincel, que se inspira á un mismo tiempo en la piedad y en la forma, y combina sabiamente el espiritualismo de los pintores *trecentistas* con la verdad humana—pagana, por mejor decir,—á que propendia el Renacimiento.)

Entre las obras que Luini ha legado á la posteridad en el citado vestíbulo, se ve una *Santa Catalina trasportada al cielo por tres ángeles*, que es indudablemente el original ó el tipo de otras muchas composiciones análogas que andan por el mundo, y las excede á todas en dulzura, inspiracion y maestría.

Más adelante llamó mi atencion un *San Jerónimo en el desierto*, de Ticiano, que me recordó otro cuadro mayor, pero copia de este, que hay en el claustro principal alto del Escorial.

Tambien descuella en el Museo de *Brera* el célebre *Baile de los amores* de Albano, lienzo copiado miles de veces por el pincel, el lápiz y el buril, y que es acaso la primera obra de su género.

El conserge de la Pinacoteca tuvo especial cuidado de decirme, al llegar en frente de un cuadro de Guercino da Cento, que representa á *Abraham repudiando á Agar*, que lord Byron se habia pasado muchas horas en diferentes ocasiones contemplando extasiado aquella pintura...—Yo la miré entonces con el detenimiento que podeis imaginaros, y pa-



reciome llena de defectos, aunque no de tantos como le atribuye la crítica de los inteligentes. Y, á fuer za de examinarla, comprendí que lo que habia interesado tanto al gran poeta inglés era la *hermosura mortal* de la madre de los agarenos y su tristísimo lloro, que no hace sino duplicar sus atractivos.—Añádase á esto la posibilidad de que Lord Byron hubiese hallado en sus largos viajes, y amado tal vez, y repudiado en cierto modo, sin reparar en que llevaba en las entrañas un hijo suyo, á alguna egipcia (ó no egipcia) parecida á la rival de Sara, y se justificará la predilección que le merecía el cuadro de Guercino.—Ahora, lo que yo no me esplico es cómo el autor de *Parisina* pudo detenerse tanto tiempo delante de *Agar* ni de otro ningun cuadro de este *Museo*, existiendo en él una de las más nobles y felices creaciones del arte; el *Casamiento de la Virgen*, obra inmortal del divino Rafael.

El *Spozalizio*, que es como lo llaman los italianos, eclipsa completamente todas las demás pinturas del palacio *Brera*.—Dibujo, composición, interés, poesía... hasta color... (cosa rara en el sublime artista) ¡todo es notable en tan peregrino lienzo!—Permitidme detenerme á explicaros la manera como el Pintor de María ha representado los Santos Desposorios.

Ocupa toda la parte alta del cuadro un grandioso Templo, al que se sube por una larga y amplísima escalinata.—Al pie de esta escalinata hay trece figuras de tamaño natural, que son la Virgen, San José, el Sacerdote hebreo, cinco mancebos y cinco doncellas.—El Sacerdote, venerable anciano, suntuosamente revestido, está entre los dos Desposados, cuyas diestras tiene cogidas, acercándolas suavemente, á fin de que San José coloque el anillo nupcial en la de María.—María, bella sobre toda ponderacion; sencilla, graciosa y noblemente vestida, alarga sus dedos de marfil hácia el conmovido esposo. Los castos ojos de la Virgen de quince años están clavados en el suelo. Todo su rostro expresa no sé qué triste ventura.—José tiene tambien los ojos bajos, y adelanta el brazo respetuosamente, sin atreverse á dar un paso más hácia la hija de Joaquín. Si tímida y modesta es la actitud de la Esposa, humilde y piadoso es el temor del Marido.—Sin los trajes, atributos y accesorios que revelan el asunto de esta obra, nadie dudaria, sólo con ver las caras de los dos Novios, que estos son los descendientes de David, en cuya casa nacería el Hijo de Dios. No es el triunfo del amor; es un santo misterio el que se cumple en aquel instante, el que adivinan los contrayentes, el que los turba y desasosiega.—Las doncellas, agrupadas detrás de María, atienden al acto con reverente y afectuosa curiosidad.—Los mancebos que siguen á San José rompen sus varas, significando de este modo el mal éxito de sus pretensiones á la mano de la Virgen...—En cambio, la vara de San José está coronada de flores.

Tal es la forma en que Rafael ha presentado esta escena, tantas veces y de tantos modos tratada por la pintura.—Lo que yo no podria hacerlos comprender, es la pureza y la gracia del dibujo y la *difficil facili-*

*dad* de la composicion.—Diré solamente que, como obra de la primera época del discípulo de Perugino, domina aún en la disposicion de los personajes algo de aquella simetría propia de los cuadros devotos de la edad media; pero que hay tal animacion, tal vida, tanta verdad y belleza en el movimiento particular de cada figura, que ya se admira la clásica maestria del Renacimiento, sin que por esto falte en la accion el sublime misticismo que por aquellos dias se empezaba á echar de menos en las creaciones del arte.

Mas no es todavía ocasion de que nos estendamos en largos discursos acerca del genio de Rafael y de su influencia en la pintura. Aplacemos esta cuestion para el dia en que veamos sus grandes obras en el Vaticano y en otros Museos de Roma, y sigamos ahora recorriendo la galería de *Brera*.

Pocos fueron los cuadros que me impresionaron vivamente despues del *Sposalizio*.—Sólo recuerdo una *aguada*, tambien de Rafael, que representa á varios personajes alegóricos, completamente desnudos, que disparan flechas á un *Término* cubierto con un escudo; una *Virgen y el Niño* de Luini, en que pude admirar aun la esquisita dulzura de este pintor; un *Monje dormido*, de nuestro inmortal Velazquez, sumamente deteriorado por el tiempo y las restauraciones, pero en el que se ven ciertos valientes toques de la mano del maestro; y un lienzo de Leonardo de Vinci, que hubiera sido notable, si se hallara concluido, y en el que los artistas pueden estudiar el procedimiento de que se valia Vinci para pintar sus cuadros. Su asunto es *La Virgen, teniendo en brazos al niño Jesus, que juega con un cordero*, y está desempeñado admirablemente como dibujo,—que es como sólo puede juzgarse.

Por mi parte, recuerdo haber visto en el Museo del Louvre, en París, un cuadro análogo á este, tambien de Leonardo de Vinci, en que el pensamiento está mas desarrollado y que produce una tierna emocion en cuantos lo miran...

Desde el Palacio de *Brera* pasé á una *trattoria*, hostería, taberna, figon ó lo que fuese, que ví en la acera de enfrente, donde pedí de almorzar á *todo riesgo*, con tal de conocer la auténtica y legítima cocina italiana.

Allí habia tambien un magnífico *cuadro*; pero *cuadro vivo*, digno del pincel flamenco.—Borrachos, humo, poca luz, una Maritornes, vino de Monza, peces fritos, queso de Parma, juramentos *per Baco* y una estampa de la Virgen, alumbrada por una mariposa...—Hé aquí los rasgos característicos de aquel almuerzo.

Yo volví á acordarme de *I Promesi Sposi* y de *l'osteria* en que tanto peroró el pobre *Renzo* la noche del tumulto.—Era la misma mesa estrecha y larga: eran los dos mismos escaños de madera: eran los mismos comensales. En vano habian pasado sobre *Milan* dos siglos y medio!

Repuestas mis fuerzas, la *Strada del Portaccio* me llevó á unos jardi-

nes y alamedas que delimitan una estensísima Plaza, la mayor que he visto en toda mi vida.—Era la *Plaza de Armas*.

Indudablemente, aquel es el punto más bello y mas grandioso de todo *Milan*.—Diez mil árboles rodean la gran planicie, formando redobladas calles.—En un lado se ve el *Castello*, antigua morada de los Duques, convertida hoy en cuartel, pero imponente y noble todavía.—Detrás de la fortaleza se distingue una vista panorámica de la Ciudad, cuyas torres y cúpulas campean airoosamente sobre el cielo.—Entre ellas se levantan arrogantes las caladas agujas de la *Catedral*, como los cedros entre los pinos.—Esta vista panorámica es mucho mas artística que la *vista de pájaro* que se disfruta desde lo alto del *Duomo*.

En otro lado se eleva magestuoso el célebre *Arco de la Paz* ó del *Simplon*, erigido en la puerta por donde Napoleón I entró en *Milan* el año de 1807.—Por cierto que más tarde, cuando el Austria volvió á imperar en Lombardia, este arco fué consagrado, no ya á la gloria, sino á la mengua del vencido en Waterloo, y se grabaron en su mármol fechas tan aciagas para Francia y para Italia como la Batalla de Leipsik, la Capitulacion de Dresde, la Entrada de los cosacos en París, la Vuelta de los austriacos á *Milan* y los Tratados de 1815.

Todas estas inscripciones se han borrado despues de la Batalla de Magenta, escribiéndose en su lugar las siguientes palabras:

ALLE SPERANZE DEL REGNO ITALICO  
 AUSPICE NAPOLEONE PRIMO  
 I MILANESI DEDICARONO L'ANNO MDCCCVII  
 E FRANCATI DA SERVITU  
 FELICEMENTE RESTITUIRONO L'ANNO MDCCCLIX.

El nombre de *Arco del Simplon*, que en mi concepto es el que más legítimamente le corresponde, significa que allí termina la gran carretera que ya conocemos.—Por lo demas, la obra es soberbia, de puros y elegantes contornos. Toda ella está construida con mármol blanco, y corónala el Carro de la *Paz*, arrastrado por seis Caballos de bronce, y cuatro Estátuas ecuestres del mismo metal, representando Heraldos que parten en encontradas direcciones á estender la buena nueva.—El costo de este monumento pasó de 17.009,000 de reales.

Finalmente, entre el *Arco* y el *Castello* véanse los muros de *l'Arena*, inmenso Anfiteatro, digno de la antigua Roma;—pero no obra suya, como cualquiera creeria á primera vista; sino de un hombre de estos tiempos, digno tambien de los siglos clásicos.

*L'Arena* fué construida por órden de Napoleón I, en 1805. Su forma es elíptica y está ajustada perfectamente á los modelos de la antigüedad.—A la entrada hay un pórtico de ocho columnas de granito.—El diámetro grande del Circo es de 750 piés.—En las gradas, cubiertas hoy de

yerba, caben más de treinta mil espectadores.—Todo el espacio destinado á las carreras, puede llenarse de agua, convirtiendo el anfiteatro en *naumaquia*, y así se hizo en 1807 para obsequiar á Napoleón con el espectáculo de una regata de bateleros y nadadores.—¡Indudablemente, el héroe de Marengo y de Austerlitz dejó en esta obra el sello de su grandeza cesárea!

Desde lo alto de la gradería de *l'Arena* volví á admirar la vista de la *Plaza de Armas*, de la antigua *Ciudadela* y de todo *Milan*.—El día ha sido purísimo. Los caballos del *Arco de la Paz* parecían bordados sobre el cielo. La blanca silueta de la Ciudad recortaba graciosamente el azul profundo del espacio. Los árboles, que todavía conservan sus hojas, aunque muy amarillentas, contrastaban con los campos, en que verdea la cosecha del otoño.

El horizonte era inmenso y la luz del sol deslumbradora. Las chimeneas de las fábricas que rodean la capital parecían otros tantos obeliscos. El estruendo de la vida industrial bramaba allá á lo lejos... Todos los relojes daban las doce, y las campanas de cien iglesias entonaban la oración del medio día. Los pájaros cantaban los últimos soles del año bajo las últimas sombras de las alamedas.

En esto, los silbidos remotos de una locomotora me hicieron reparar en un tren que salía para *Venecia*.—Luégo lo vi desaparecer hácia Levante, y exclamé:—«Ya te sigo.»

En opuesta direccion recorría los campos otro larguísimo tren que llegaba de *Turin*, dejando en la atmósfera una larga faja de humo, como los barcos dejan estela en el mar.

Finalmente, dentro del *Castello* sonaban tambores y cornetas, que tocaban á no sé qué cosa, y hácia el *Corso Francesco* se oían, ya ruidosa, ya vagamente, los acordes de una música militar... Sería algun regimiento que iba á misa...

Todo esto producía en mi ánimo sensaciones diferentes, pero que se resumían en admiración y respeto á *Milan*, cuya importancia se me revelaba en fórmulas confusas, hasta que brotó en mi mente una idea y de mis labios una frase:—«¡Esta es, (dije) la augusta capital de la Alta Italia!...»; frase que podía también traducirse así:—«¡Cuánto la llorarán los austriacos!»

De la *Plaza de Armas* á *Santa Maria delle Grazie*, donde se guarda la famosa *cena* de Leonardo de Vinci, quedábame ya poco que andar; tan poco, que con atravesar los paseos y las huertas en que termina la ciudad por el Oeste, encontréme en aquel antiguo convento.

Pero el antiguo convento es hoy cuartel. Atravesé, pues, claustros y patios llenos de tropa, y llegué á una puerta del que fué *refectorio*, sobre la cual se leía en una lápida: «*En este aposento se conserva la cena (il cenacolo) de Leonardo de Vinci.*»

Llamé; abríme *il custode* de la obra maestra, y entré en una habita-

cion desmantelada y ruinosa, en medio de la cual habia una máquina fotográfica y una mesa llena de estampas, libritos y otras publicaciones referentes á la gran maravilla artística.

Por último, en un decrepito muro descubrí el célebre *fresco* (que nunca fué verdadero *fresco*, sino una pintura al óleo sobre cal).

Pero ¡triste es decirlo! En aquella pared no existe ya hoy pintura alguna de Leonardo de Vinci. Lo que allí se vé es la malhadada obra de imbéciles restauradores, la barbarie de los frailes que poseyeron tal tesoro, las injurias del tiempo, mil abominaciones sucesivas... y ni una sola pincelada del inmortal artista.

Me apresuro, sin embargo, á consolaros. Nosotros veremos *el Cenacolo* tal cual fue... Yo os lo describiré en su primitiva grandeza...; y para ello, voy á principiar por referiros su historia.

Leonardo de Vinci, uno de los hombres más ilustrados del siglo XVI, arquitecto, ingeniero, escultor, poeta, escritor, músico; dotado además de grandes ventajas físicas por su hermosura y extraordinaria fuerza; gladiador y nadador sin rival, habia alcanzado ya imperecedera fama por tan múltiples y raras calidades cuando hizo olvidar sus propios méritos pintando el cuadro de la *Cena*.—Desde entonces, ya no se acordó nadie del magnífico Canal que habia dirigido y que puso á *Milan* en comunicacion con el Adda; ni del certámen en que habia ganado un premio cantando magistralmente y acompañándose en una lira de plata, fabricada por él, un precioso Romance, cuya música y cuya letra eran tambien suyas; ni de la Estátua de Francisco Sforza, con que venció á su maestro Verrocchio; ni de las Fortificaciones que habia inventado, como ingeniero militar que era, á fin de neutralizar los efectos de la Artillería, que empezaba á emplearse por entonces; ni de sus notables trabajos en la construccion de la Catedral; ni de sus inspirados Sonetos... ¡de nada, en fin, sino del pintor!—*Milan*, *Florenzia* y *Roma* se disputaban al artista. Los reyes de España y Francia se procuraban su amistad. Miguel Angel le temia, y conspiraba en contra de él... ¡La gloria de Leonardo llenaba el universo!

Desgraciadamente, la *Cena* habia sido pintada, como hemos dicho, mediante un nuevo é infortunado procedimiento (al óleo sobre cal) y en una habitacion húmeda, que en cierta ocasion llegó á verse hasta inundada. A consecuencia de esto, la pintura empezó á caerse á pedazos, cuando aún no llevaba treinta años de existencia.—Tambien quiso la desgracia que el fogon de la cocina del convento se encontrara precisamente del otro lado de la misma pared ilustrada por Vinci, lo cual sometió los colores á una alternativa de resecacion y humedad que acabó por destruirlos.—Despues aconteció que los frailes, á fin de recibir la comida más caliente, hicieron; *en medio de la obra maestra!* una ventana de comunicacion entre el refectorio y la cocina.—Pero hubo más: en 1826, un tal Belloti, encargado de restaurar el *fresco*, llevó su temeridad hasta repintar casi todas las figuras; en 1770, hizo lo mismo un señor *Mazer*, y

en 1796 el Refectorio era cuadra de la caballería francesa.—Más tarde sirvió de pajar.—Algun tiempo despues, no sé qué alma caritativa creyó encontrar un remedio á tantos males, tapiando á piedra y lodo la puerta de la habitacion; pero, cuando á los pocos años se entró en ella, encontráronse indicios de que habia estado llena de agua, á consecuencia de un largo temporal, hasta una grande altura! ; Toda esta agua habia desaparecido por evaporacion!... ¡Figuráos cómo estaria la obra de Vinci!— Finalmente, hace pocos años, el *fresco* ha sido restaurado en lo posible y con bastante inteligencia; pero ya solo se trata de conservar en aquel sitio una sombra, un reflejo, una memoria de la pérdida maravilla...

Por fortuna para el arte, mientras que unos destruian bárbaramente el cuadro de *Santa Maria delle Grazie*, otros lo copiaban y rehacian con religioso cuidado. Para ello buscaban la admirable copia hecha al óleo sobre lienzo por un discípulo de Vinci (Marco d'Oggione); estudiaban los bocetos de las cabezas de los Apóstoles, que el grande artista habia conservado y que hoy existen aun en Inglaterra, y Bossi hacia un carton, del tamaño del original, en que, ateniéndose á los dibujos, noticias y restos que quedaban de la obra de Vinci, la restablecia tal como debió ser. Al mismo tiempo en Viena se ejecutaba un mosaico, que es acaso (á lo que dicen los artistas) un perfecto *fac simile* del primitivo *fresco*; y en fin, Morguen, el insigne grabador, auxiliado por todos estos datos, á costa de largos viajes, despues de pasar meses y meses en el húmedo refectorio y de emplear nada menos que seis años en su tarea, produjo un magnífico grabado que es un verdadero milagro artístico.

Ahora bien, yo conocia muchas de las copias y bocetos que acabo de citar, y además habia visto esta mañana en el Palacio *Brera* (y os lo ocultaba con toda intencion) el boceto de la cabeza del mismo Cristo que figura en la *Cena*, dibujado con lápiz rojo y negro por Leonardo de Vinci; yo he estudiado luégo delante del *fresco* las muchas fotografias del mismo y del *Mosaico* de Viena que vende el *custode*; yo habia examinado tambien esta mañana, en el dicho Museo, otra copia al óleo hecha por el caballero Rossi; y, compulsando todas estas interpretaciones, reuniendo todos estos elementos y contemplando detenidamente la obra original (en que á lo ménos quedan las líneas generales, ó sea el dibujo y la composicion), puedo decir que he entrevisto, que he sentido, que he comprendido aquel prodigio de la pintura.

Y, á la verdad, no sé qué me ha admirado mas en él: si la naturalidad y el arte del conjunto; si la variedad y la energia de los afectos que espresa cada Apóstol, ó si la hermosura verdaderamente celestial de Jesucristo!

El momento de la *Cena* elegido por Vinci es aquel en que el Redentor dice con melancólica ternura: *Amen dico vobis, quia unus vestrum me traditurus est.* (En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar).—Estas palabras han producido en los discípulos un movimiento de asombro, de indignacion, de curiosidad, de miedo...—La fisonomía de

*Jesús* (ya sabeis que me refiero á la original de Vinci que he visto en *Bre-ra*) expresa dolor y mansedumbre. Sus manos extendidas revelan la paz y la resignacion con que espera los mayores tormentos.—*Simon*, colocado el último, á la izquierda de Jesús, duda que haya entre ellos quien cometa semejante felonía, y está tranquilo como su conciencia. *Tadeo*, con aire sombrío, vuelve el rostro para no ver á Judas, cual si le saltase una sospecha. *Mateo* repite enérgicamente las palabras del Salvador, como diciendo: «No debeis dudarle, puesto que Jesús lo afirma. Entre nosotros hay un traidor:»—Estos tres personajes forman un grupo, ó sea una escena del drama.—Luego viene otro episodio de mayor vida y más poderosos afectos.—*Felipe*, suavísima figura, se ha puesto de pié y se dirige á Cristo con las lágrimas en los ojos, diciéndole: «Yo no soy, yo te amo.» *Santiago el Mayor*, mudo de espanto, abre los brazos con energía, como si exclamara: «Lee, Señor, en mi corazon, y verás que ni podía sospechar que eso sucediera.» *Tomás* se acerca al Divino Maestro, por detrás de Santiago, y, levantando el dedo con ciega furia, jura vengarle si tal sucede.—Este segundo grupo no puede ser más vehemente, más persuasivo, más inspirado.—Sigue el *Hijo de Maria*, bello sobre toda ponderacion, grande en su humildad, imponente en su tristeza.—A su derecha está *Juan*, el dulce y amado apóstol, con la cabeza caída y las manos cruzadas, lleno de afliccion y de pesadumbre. *Pedro* estudia las fisonomías, pregunta á Juan, y les amenaza á todos lleno de ira. *Judas*, sentado, afectando tranquilidad, revela en su semblante, sabiamente colocado por el artista en una media luz, la turbacion del criminal que se ve descubierta. *Andrés*, maravillado, parece decir: «Señor, no me dejes caer en semejante tentacion.» *Santiago el Justo* mira á Pedro, acechando una ocasion de hablarle, cual si esperase saber por él de quién se trata. *Bartolomé*, en fin, está de pié é inclinado sobre la mesa, creyendo haber oído mal y como pidiendo á Cristo que repita sus palabras.

Tal es la accion del cuadro, vária en sus accidentes, y llena de interés y vida por su unidad. El semblante de cada Apóstol es un trasunto fiel del carácter con que aparece en los Evangelios y de los hechos posteriores de su vida. Conservando todos el tipo judío, son, sin embargo, tan diferentes entre sí como lo fueron en sus relaciones con Jesús y en sus predicaciones y escritos. Otros cuadros referentes á este asunto adolecen de monotonía y amaneramiento, á causa de estar todas las figuras sentadas en fila; pero en la pintura de Vinci, aunque los doce Discípulos se hallan tambien necesariamente en un mismo término, hay tal movimiento en las actitudes, tanto arte en la composicion, tanta naturalidad y tanto fuego en cada personaje, que su obligada disposicion delante de la mesa parece accidental ó escogida por el artista.

Al salir de *Santa Maria delle Grazie*, formé una lista de las más notables Iglesias de *Milan*; tomé un carruaje, y dijele al cochero que me hiciese pasar por todas ellas.

Las *Iglesias* de Milan pueden dividirse en tres clases: *Antiguas Basílicas*, venerables por su fecha, por su rara arquitectura y por los grandes varones que figuran en su historia; *Iglesias del Renacimiento*, resplandecientes de lujo y alegría, é *Iglesias Modernas*, sólo recomendables por su clasicismo artístico.

Entre las primeras, la que más llama la atención es *San Ambrogio*, fundada por San Ambrosio en el siglo IV, y en la cuál se cree tuvo efecto aquella célebre escena, tan soberanamente reproducida por la pintura, en que el dicho santo prohíbe la entrada en el templo al emperador Teodosio, á consecuencia de haber éste mandado degollar siete mil habitantes de Tesalónica.—También fue en esta iglesia donde San Agustín abjuró sus errores y se convirtió al cristianismo.—En ella predicaron San Basilio, San Juan Crisóstomo y otros Santos Padres, y bajo sus bóvedas fueron coronados muchos reyes y emperadores.—Monumentos de tan grandes tiempos son los innumerables bajo-relieves, bustos é inscripciones que decoran el Atrio, verdadero museo de las artes cristianas.—El interior del templo ha sido restaurado varias veces y en diversos estilos, lo cual le han arrebatado su primitivo carácter.

En *San Lorenzo*, también antiquísima, se encuentran asimismo grandes recuerdos de los primeros siglos de la Iglesia; entre otros, una Capilla, cuya fundación se atribuye á la mujer de nuestro rey Ataulfo.—Muchos arqueólogos é historiadores niegan el hecho; pero la tradición señala hasta el sepulcro que encerró las cenizas de Placidia.

*San Nazario Grande*, erigida por San Ambrosio sobre un teatro gentil, y *San Stéfano in Broglio*, edificada por San Estéban en el siglo V, merecen del mismo modo, como vestigios de las artes bárbaras, todo el respeto y toda la admiración del viajero.

Las *Iglesias del Renacimiento*, que tanto abundan en Milan, son alegres, brillantes, lujosas como las habitaciones destinadas á saraos y festines en los palacios reales. El oro y el mármol relucen por todas partes. La pintura, la escultura y la arquitectura agotan todos los medios de lucir sus encantos, con tal de hermosear la casa de Dios; y la verdad es (á mi juicio) que no logran sino profanarla.—La luz del sol refleja en los dorados capiteles de las columnas corintias, en los frescos de las cúpulas, en el bronce de los pedestales, en los mármoles bruñidos, y la riente hermosura que resulta de esto es demasiado mundana.—*San Alejandro* y *la Madona di San Celso* son las que brillan más por semejante estilo.

En cuanto á las *Iglesias modernas*, de arquitectura greco-romana, lo mismo podrían servir para Teatros que para Bolsas, para Templos de Vesta que para Academias ó Liceos.—Su belleza es puramente artística.

Réstame consignar que unas y otras deben visitarse aunque sólo sea como Museos de pinturas.—Luini, Ferrari, Crespí, Lodi, Borgognone y otros grandes artistas han dejado en ellas sus mejores obras.—En este sentido recomiendo á *San Maurizio il Maggiore* y á *San Giorgio in Palazzo*.